

corregida

Ercole Lissardi

LA PARTE DULCE

I

-Anastasia.

Y después, como si entregara un secreto.

-Pero me dicen Tachi.

-¿Tachi?

-Tasi, Tachi.

-Claro.

Como si fuera natural que a alguien que se llama Anastasia la llamaran Tachi.

-¿Y vos?

-Heriberto. Y me llaman Coco.

-Nada que ver ¿no?

-Nada. Pero lo prefiero a que me llamen Heri, o Berto, o Heriberto.

-Heriberto es raro.

-Mi abuelo se llamaba Heriberto. Era cura. Pero colgó los hábitos al venirse a América. Renuncia a la que le debo mi existencia.

-Qué historia...

-Es lo que me contó mi madre. Que debía saber puesto que era su hija. Yo no lo conocí.

-Interesante.

Parecía realmente interesada. De manera que decidí agregar un poco de picante.

-Imaginate que no hubiera existido ese acto de renuncia. No estaríamos aquí hablando. Quizá vos estarías aquí hablando, con alguien de tu invención, sorprendentemente parecido a mí.

Sonrió, con esa manera de sonreír apenas, que tenía.

-Anastasia también es raro.

-Mi madre adoraba una película que se llamaba así, y que era la historia de una princesa. Según mi hermano estaba enamorada del protagonista, que lo hacía un actor calvo.

-O sea que tenés el nombre de una peli.

-Según mamá desde que me vio le parecí una princesa, y el único nombre de princesa que conocía era ese, Anastasia.

-No nos podemos quejar por los nombres que nos tocaron.

-No.

Esta conversación, la primera, la tuvimos en el patio del Anglo, donde estudiábamos inglés, durante el descanso entre las dos horas de clases. Ambos teníamos quince años. Permítaseme decir que yo siempre la llamé Tachi. Su peculiar hipocorístico me parecía contener naturalmente una especie de ternura. En cambio, ella nunca me llamó Coco, seguramente por la misma razón que a mí me desagradaba: porque sonaba vulgar.

Para mí Anastasia, Tachi, tenía las facciones más delicadas imaginables, pero la primera vez que la vi, quiero decir: en el primer golpe de vista, no supe si era nene o nena. Su rostro me parecía particularmente inexpresivo, y me pregunté si esa inexpresividad lo que expresaba era tristeza, pero observándola, embelesado como estaba, no tardé en comprender que su inexpresividad era dulce y suave. Eran años en que los jóvenes buscaban diferenciarse, y desafiar a los adultos, por la forma en que llevaban el cabello. Yo seguía cortándome el pelo como cuando tenía diez años, pero Tachi en eso tenía una actitud por demás extremista, aunque estoy seguro de que no tenía ni la menor intención de desafiar a nadie. Tenía el pelo corto como un chico, pero cortado desparejo, como a los tijeretazos. Nadie se cortaba el pelo así, estábamos antes del punk. Al verla uno

pensaba que se lo habían cortado así para señalarla como culpable de algo. Parecía una presidiaria o una prisionera de guerra.

-Me gusta tu corte de pelo.

-Me lo hago yo.

Era más bien obvio: ¿qué coiffeur se lo haría? En aquellos tiempos, ninguno.

-¿En serio?

-Con una tijera y un espejo.

-Eso es algo que me gustaría ver.

-Estás invitado para la próxima vez.

En ese primer contacto, en algún momento de los quince minutos que duraba el descanso entre clases y que transcurrimos hablando trivialidades o guardando silencios, de pronto y con total certeza comprendí que Tachi era mágica. No era en absoluto como las demás chicas. Ni ahí. De hecho, percibí que estaba rodeada por un halo mágico, invisible quizá, pero ineludible para cualquiera que tuviera las antenas más o menos activas. Nunca había conocido a alguien mágico ni a nadie con halo, pero no conocía entonces, ni conozco ahora, palabras más adecuadas para definirla. En el momento en que nos separamos para volver a la clase fue como si me arrancaran de un hábitat seguro y protegido y me abandonaran en la más cruda intemperie. La segunda hora de clase fue como dictada en chino. No pude dejar de mirarla de reojo, con la mente en blanco... no, con la mente rellena de algodón rosado.

A la salida nos encontramos y caminamos juntos, sin decir palabra, como si ya fuera costumbre. La acompañé hasta la parada del ómnibus. Ella iba para el lado de la Unión, yo para Buceo.

-¿Cómo te va con el inglés?

-Bien, es fácil ¿no?

-Sí.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, como preguntándonos algo.

-Bueno...

Lo dijo como para cortar el momento. Y después:

-¿Por qué me mirás así?

-Vos me mirás así.

-Yo te miro así porque vos me mirás así.

-Ah...

Por primera vez supe que cuando las miradas aparentemente sin razón se sostienen bastante más allá de lo razonable, es porque las resistencias ya no resisten, y se empieza a ver la cara de la verdad, cualquiera que sea, desde la nada hasta lo sublime. Me pareció lógico pensar que ella había comprendido lo mismo, sobre todo porque se puso colorada y miró para otro lado.

Aquella primera vez que la acompañé a la parada sufrí como una terrible violencia verla subir al ómnibus e irse encerrada allí, con toda aquella gente que no se merecía ni comprendía el privilegio de su presencia. Tuve que aprender a contenerme, a tragarme la angustia de verla irse lejos de mí por quién sabe cuántas horas o días. Hoy, con los celulares se puede ver y hablar con cualquiera no importa cuán lejos se encuentre, pero en aquel entonces sólo existía el teléfono de línea y no todos tenían porque era caro y porque era difícil de conseguir. El trámite para conseguirlo podía durar meses, y a veces sin “muñeca” como se decía, no era posible tenerlo. En casa de Tachi, como me dijo cuando le pedí su número, no tenían teléfono.

El jueves me dio un ataque de pánico al pensar que no la vería hasta el martes siguiente. La invité a ir al cine el sábado por la tarde. Nos sentamos en medio de la muchedumbre silenciosa, y apenas se apagaron las luces puse mi mano sobre la suya. Sus dedos eran largos y delgados y la piel tan dulce como si solo se soñara tocarla. Me miró, inexpresiva, como si de haber algo que decir fuera yo el que tenía que decirlo. Pero no retiró su mano. Estuvimos una hora y media tomados de la mano. Ninguna situación de intimidad hubiera podido ser más íntima. Por mi parte ni idea de qué iba la peli.

-¿Te gustó?, le pregunté al salir.

-Mucho.

Sutil y ambigua como era no aclaró si se refería a la película o a estar tomados de la mano. Yo, simplón, le había preguntado por la película. Ella, no tengo duda, aprovechó la ambigüedad de mi pregunta para referirse a la perturbadora experiencia de conocer la piel del otro. Su mano, abandonada en la mía, era frágil y leve como un suspiro. Apenas me atrevía, cada tanto, a darle apretoncitos. Pero con los ojos cerrados, ciegos al rectángulo brillante de la pantalla, alucinaba besar esa mano, olerla... lamerla... sí, se me hacía agua la boca, como si su mano fuera un manjar.

Afuera no me atreví a tomarla de la mano. Tal gesto de posesión, como si fuéramos una pareja, hubiera sido demasiado violento. No estábamos preparados para exponernos así. Éramos chiquilines, y eso de andar de la mano por la calle no era algo que a nuestra edad se hiciera. La acompañé hasta su casa. Era una calle flanqueada de plátanos ya completamente deshojados, y su casa era una de esas casas no tan antiguas como viejas que sobreviven en muchos barrios de la ciudad, de puertas y ventanas altas, afeadas por la pátina del tiempo y por el asalto de la humedad.

Pasé ese fin de semana en las nubes, exaltado, pasado de rosca. Una cosa era encontrarnos para cuchichear en el patio del Anglo, y otra, en la oscuridad de un cine, haber hecho manito hasta agotarnos. El sábado siguiente repetimos la receta. Hacía bastante más frío. Yo llevaba mi gamulán y ella un sacón marino de paño grueso y áspero que hubiera afeado a cualquiera que no fuera ella. En la sala nos sacamos los abrigos y los doblamos sobre las rodillas, como se acostumbraba hacer. Apenas hecha la penumbra nuestras manos retomaron su diálogo. Un rato largo después se inclinó hacia mí.

-Cambiemos de asiento. Así te doy la otra mano, dijo, seriecita.

Su prolijidad me hizo gracia y se me escapó una risita divertida, como si hubiera hecho un chiste, pero no se molestó. Cambiamos de asiento y tomé su mano izquierda, que se reveló bastante más activa que la derecha. No tardó en darla vuelta, con lo que quedaron enfrentadas las palmas de nuestras manos, y nuestros dedos, naturalmente, se enlazaron. Todo cambió. Su mano ya no era prisionera de mi mano. Enfrentadas nuestras zonas más sensibles comenzaron a explorarse, lenta y tímidamente desatando un estado total de cosquilleo. Antes el diálogo de nuestras manos había sido un diálogo de sordos, ahora cada mínimo roce poco menos que nos ponía a temblar. Mi mano o la suya, o ambas, se fueron humedeciendo. Nos miramos en la oscuridad, sorprendidos. Sin duda que sabíamos que tocarse no es cualquier cosa, pero una cosa es la teoría y otra la práctica. Sentí, irresistible, el deseo de poner mis labios sobre los suyos.

-¿Puedo besarte?

No dijo nada, quizá enmudecida por la híper conciencia del carácter trascendental de lo que estaba por suceder. Yo la miraba, tan delicado su rostro, tan seriecita, y tan asustada. Su silencio podía significar que sí podía o que mejor no. Lancé mi ataque, pero con la lentitud de un caracol. Tuvo sobrado tiempo para retirarse y romper el momento, pero no lo hizo, de manera que finalmente mis labios aterrizaron tan suavemente como pudieron sobre su mejilla. Estaba dentro de su halo y su piel, efectivamente, era mágica: algo se iluminó en mi mente con una intensidad insoportable. Ya no éramos dos adolescentes besándose en la oscuridad de un cine. Yo acababa de hacer pie en un planeta desconocido y maravilloso. Mi olfato captó una pizca de un perfume pesado, como de señora. Por falta de uno propio, seguramente que Tachi había robado un par de gotas del perfume de su madre, previendo que eventualmente mi nariz se acercaría tanto

a la piel de su rostro como para olerlo. Le pareció adecuado oler a mujer, aunque fuera oler como su madre. Lentos como babosas mis labios avanzaron por su mejilla hasta tocar los suyos. Presioné apenas mis labios contra los suyos. Ella seguía sin reaccionar en absoluto, pero yo no pude más, desbordado por el resplandor que me habitaba y que amenazaba con estallar y disolverme en una burbuja de pura felicidad. Me detuve, retrocedí y ella lentamente volvió a mirar a la pantalla.

En mi mente la bruma se disipaba. Pensé que así tenía que ser: que ella aceptaría todo, pero yo debía ser el que lo propusiera. ¡Como si mi saber y mi experiencia en la materia fueran superiores a los suyos! Que no lo eran, en absoluto. Éramos un ciego conduciendo a otro ciego. Se me ocurrió que estaba en su naturaleza que, así como su fisionomía era más bien inexpresiva, su reacción al contacto físico era nula: ella no propondría avances... pero al parecer tampoco retrocedería. Me inventé así un personaje de sonámbula o zombi que pronto tuve que descartar, tan inadecuado como el silencio y la inmovilidad a que nos sometía la sala de cine eran para el estallido de emociones que nos arrasaban. ¿Por dentro estaría ella tan fría como aparentaba en su exterior? ¿O por dentro, como a mí, el avance del contacto físico la derretía?

Pensé que tenía que ir a por más, porque cuando las luces se encendieran lo que nos esperaba era la calle invernal y luego, a cada uno su casa. No volveríamos a estar en una situación tan propicia quién sabe hasta cuándo. En ese momento se volvió con una mirada intensa en los ojos. Pensé que era una invitación, a menos que se hubiera demenciado y se estuviera preguntando quién es este, o sea: yo, y qué quiere de mí. Dudé un segundo, pero decidí tomarlo como una invitación. Ninguno de los dos sabía en realidad besar. Apreté mis labios contra los suyos hasta que ella, por puro instinto amoroso entreabrió la boca. Por reflejo yo también lo hice y de pronto me encontré con que su boca estaba dentro de la mía. Quedé estupefacto ante la belleza de aquello... del beso... o quizá no tanto del beso, porque en realidad todavía no lo era, sino por el simple encaje de nuestras bocas entreabiertas. Nuestras mucosas estaban en contacto y nuestras salivas se mezclaron. Estábamos cada uno dentro del cuerpo del otro. Allí, en medio de la gente, estábamos cada uno dentro del cuerpo del otro. Por puro instinto amoroso comenzamos a mover apenas las cabezas, con lo que sentimos que una especie de oleaje manso nos acunaba. La humedad fresca de su boca me invadía y la invadía la humedad de mi boca. Era increíblemente dulce, íntimo y excitante. Como para ponerse a gritar de placer. Nos separamos. Nos quedamos mirándonos en la oscuridad. En mis

ojos veía todo mi asombro como yo veía su asombro en los suyos. Levanté su mano y la besé, en el dorso y en la palma, y luego me la apliqué -no se me ocurre otra palabra- contra la cara, como para recibir, a través de su piel no sé qué influjo sublime. Cosa que efectivamente sentí que sucedía. Tachi me miraba hacer, totalmente pasiva, seria, no sé si asombrada o asustada.

-Me estás invadiendo, susurró.

-Es porque vos me estás invadiendo a mí, respondí.

Miró otra vez a la pantalla. Cerré los ojos y respiré hondo. Dejé que se aplacaran mis pulsaciones. Sentí que, por absurdo que me pareciera, el ser mágico me aceptaba, aceptaba mi “invasión”, aceptaba... y aquí me costó hacer foco en lo que sentía... mi posesión. Entonces sucedió otra vez: se volvió hacia mí y con su mirada, que no con su voz, me dijo:

-Otra vez.

Nuestras bocas se encajaron con tanta avidez que nuestros dientes se golpearon y, milagro no por razonable menos inesperado, su lengua entró en mi boca. Desde más allá de su inexpressividad y de su aura mágica, la lengua de Tachi, como un animalito liberado dentro de mi cuerpo, acariciando a ciegas todo lo que encontraba a su paso, me habló en un idioma en el que no quedaba nada por explicar. Entendí clarito, porque a los quince años también se entiende lo que no se puede expresar con palabras: que, lo supiera ella o no, con esta última dimensión del beso lo que me estaba entregando era, sin más, su sexo, fuera este el que fuera, porque, y en esto tengo que ser claro, ya que no por raro era menos la pura verdad, a esta altura de gozar su magia, yo seguía sin saber, como la primera vez que la vi, si sus rasgos, delicados hasta lo sublime eran de nene o de nena. No lo sabía y no me lo preguntaba, y mucho menos se lo preguntaba. Porque, y sólo muchísimo tiempo después lo comprendí, estaba enamorado del ser mágico que esencialmente era Tachi, independientemente de lo que dijera su cédula de identidad. No sé cuánto duró la incursión. De pronto habíamos dado en respirar por la nariz, multiplicando así el tiempo de inmersión en el beso.

Finalmente nos separamos. Su lengua me había penetrado, había penetrado mi boca y, en lo más hondo que pudo, depositó el más dulce de sus secretos. Y luego se retiró dejándome vacío y pletórico de sus maravillas. En el débil resplandor de la pantalla un

hilo plateado de baba seguía uniendo nuestros labios. Lo recogí con el dorso de mi mano y lo lamí cuidadosamente. Pensé que nos quedaba poca película, nos quedaba poco refugio en la oscuridad y el silencio, en el anonimato de la muchedumbre hipnotizada por la pantalla. Cerré los ojos. Me parecía que iba caminando por unas dunas enormes, a pleno sol, con el viento duro en la cara, y que del otro lado de las dunas me esperaba la frescura infinita del mar. Respiré despacio hasta aplacar la ansiedad. Me pregunté si podría seguir adelante. Quizá ella esperaba que lo hiciera.

-¿Puedo tocarte?

-¿Tocarme? ¿Qué?

-El pecho.

-Ahí no hay nada, susurró, como confesando una culpa.

-¿Cómo que no hay nada? Sí hay.

No dijo nada. Pasaron largos segundos de gritos y persecuciones en la pantalla. Creí que me había equivocado, que había querido ir demasiado lejos, pero entonces, sin dejar de mirar a la pantalla, soltó algunos botones de su saquito de lana y luego otros tantos de su blusa. Deslicé la mano entre su ropa. No llevaba corpiño, no lo necesitaba. Apenas tenía senos. Lo que tenía lo recibí en la palma de mi mano, y allí donde se cruzan las líneas de la vida sentí la delicadeza de su pezón. Oprimí suavemente el seno. La ternura me devoró: aquello era lo más íntimo que en ese momento y en ese lugar podía darme. Se me escapó sobre sus labios un suspiro que no pudo haber recibido sino como la expresión de la más honda emoción. Sus ojos muy abiertos estaban llenos de maravilla: por primera vez su pecho era objeto de las caricias de un hombre. Entreabrió la boca como si fuera a gritar lo que sentía, pero lo que en realidad me pedía era volver a sumergirnos en el beso. Esta vez fue mi lengua la que, como un depredador furioso liberado en su boca, trataba de apoderarse de todo lo que encontraba a su paso. Mis dedos, codiciosos de sus tesoros, iban como locos derramando caricias de un pezón al otro. El mundo podría haberse rajado al medio y partido, y no nos hubiéramos enterado. Por un momento se apartó y me miró a los ojos, como si fuera a explicarme lo que hacía en ella la caricia que mis dedos amorosos prodigaban sobre sus pechos. Después volvió a encajar su boca en la mía y mi torpe lengua volvió a penetrar la dulzura de su estuche, y perdimos definitivamente la conciencia.

Hasta que alguien aplaudió porque le gustó la peli y otros lo siguieron. Durante un instante vertiginoso pensé que todos nos estaban mirando y que el aplauso era para nuestra demostración pública del amor más tierno. Nos arrancamos uno del otro justo a tiempo, porque las luces se encendieron. Tachi se abrochaba la ropa sin disimulo, sin pensar que con eso estaba confesando a gritos su impudor. Mareados, enredados en las finas redes del preorgasmo, fuimos los últimos en ponernos de pie en nuestra fila y en ponernos los abrigos. Caminamos tomados de la mano. Ahora sí, de pronto ya éramos una pareja. Otra. Una más. Imaginé que Tachi se sentía tan orgullosa como yo de las fronteras que habíamos cruzado silenciosamente, amparados en el anonimato de la muchedumbre hipnotizada. No éramos los mismos que habían entrado una hora y media antes en esa sala de cine. El ómnibus iba casi vacío. Tachi, como para rubricar lo nuestro, puso su cabeza sobre mi hombro. Hubiera querido, en ese momento, que subiera al ómnibus una banda de malandrines para que Tachi supiera qué clase de hombre era su hombre. En la puerta de su casa, para no separarnos sin decir algo que en realidad era imposible de decir, me hice el gracioso.

-¡Qué cosa! ¿No?, dije.

Ella sonrió apenas, con ese apenas que parecía que era lo único que tenía, encogiéndose un poco de hombros dentro de su gran sacón marinero, y dijo, con palabras que apenas se dibujaron tímidamente en sus labios:

-Quién lo hubiera dicho.

III

En el descanso entre clases le pregunté por su padre.

-Murió. Fue de voluntario a no sé qué guerra y lo mataron.

-¿Fue de voluntario?

-Bueno, en realidad no. Le pagaban.

-Era mercenario, entonces.

-Sí.

-Caracoles...

-¿Y el tuyo?

-El mío se fue a la Amazonia con un grupete que tenía. Decían que tenían el lugar justo para excavar una mina de diamantes. Nunca más se supo de ellos.

Tachi inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos, como evaluándome.

-No te creo.

-Yo tampoco te creo. Estamos a mano.

Sonrió por una vez en serio, de oreja a oreja. Se acercó más y me ofreció la boca. Nos besamos con furia, como dos huerfanitos que nunca fueron besados. Salió del beso con una pregunta.

-¿Qué vamos a hacer? No tengo más dinero para cine y mi madre no me va a dar más hasta el mes que viene. Durante el mes lo poco que le sobra se lo da a mi hermano.

-¿Qué hace tu madre?

-Trabaja en un súper.

-¿De cajera?

-No, está en las oficinas.

-Yo tampoco tengo para cine. Se me acabó la mesada.

-¿Dónde trabaja tu madre?

-En la Caja de Jubilaciones. Y tengo dos hermanas.

-Entonces ¿qué hacemos? Callejear no es una buena idea, menos en invierno.

Hice como si lo estuviera pensando, aunque ya lo tenía en mente.

-Invítame a tu casa.

Hizo como que se lo pensaba, aunque seguramente ya lo había considerado.

-Está bien. El sábado como a las cinco. Preparo un bizcochuelo que me sale más o menos.

Me conmovió la idea de comer algo hecho por ella.

-A mi madre, dijo, le va a gustar tu visita

. Ya le da curiosidad saber con quién voy al cine.

La casa era recontra-fría. Estaba muy tomada por la humedad. Dentro hacía más frío que afuera. Era como entrar en una heladera. La madre era chiquita y enjuta. Parecía una mujer gastada. Pero sentí que le caía bien. Al menos me sonreía y en sus ojos había un brillito como de contento. Me pareció que aprobaba al galancito que le hacía la corte a su nena. Cómo fue posible que alguien tan... insignificante... al menos en su apariencia, procreara un ser tan extraordinario como Tachi, es algo que nadie podría explicarme. No me asombra que le pusiera semejante nombre a la hija, seguramente que en sus delirios de parturienta imaginaba que daría a luz una princesa. Y no se equivocaba. Un milagro, digamos. En la sala había una mesa y cuatro sillas, y en una esquina un sofá y el televisor. Había también una estufa a gas que la madre procedió a encender.

-¿Y Joaco?

Así llamaba Tachi a su hermano.

-Tenía fútbol. Volverá resfriado y con quilos de barro encima, para variar.

La madre dio algunas vueltas y desapareció en su dormitorio. Supongo que el bizcochuelo de naranja de Tachi era igual a todos los bizcochuelos de naranja, pero yo lo comí como el alimento mágico que era. Y de la misma manera bebí el café con leche. Cuando terminamos Tachi levantó la mesa. Me parecía increíble. La princesa recogía la vajilla como si fuera una doméstica. Perdón por lo pueril, pero es lo que sentía. Luego encendió el televisor y nos sentamos en el sofá de dos plazas, que daba la espalda a la sala, con lo que conseguíamos un mínimo de privacidad. Le tomé la mano.

-No, no lo hagas. No quiero tener que dar explicaciones.

Cuchicheamos. ¿De qué? De las materias que nos gustaban más y las que menos. Le gustaban la biología y la química. A mí la literatura y la filosofía.

-Está bueno, nos complementamos, opiné.

Reapareció la madre con una frazada.

-Tápanse. Ahí quietitos se van a congelar. Así conservan el calor del cuerpo.

Tachi tomó la frazada y nos cubrió a los dos.

-Es una costumbre de la casa, dijo. Taparse con una frazada para mirar la televisión.

Debajo de la cobija me abandonó su mano. Estaba cálida y húmeda.

-¿Sabés qué significa la mano húmeda?

No respondió.

-Que se tiene deseos de caricias íntimas.

-¿Cómo sabés?

-Me lo dijo mi hermana.

-¿Hablás con tu hermana de estas cosas?

-En realidad, no. Le dije que tenía las manos húmedas y me dijo eso. Que lo había leído en una fotonovela.

-Bueno.

A saber lo que quiso decir con ese “Bueno”. No lo pude averiguar porque en ese momento giró hacia mí y miró mis labios.

-Besame, pidió.

Me acerqué hasta que mis labios rozaron los suyos. Entonces, sin pensarlo, a puro instinto amoroso, tomé entre mis dientes su labio inferior y lo mordí apenas. No dijo nada. Me quemó la cabeza la idea de que podía hacer con ella lo que quisiera, porque era mía. Voluntariamente mía. Y sólo mía. Sentí que se me ponía dura la pija, y que, como quiera que fuese, necesitaba ofrecérsela. Encajadas nuestras bocas, nos devorábamos mutuamente las lenguas bebiéndonos mutuamente las salivas. Tachi se entregaba por completo, como muy segura de que su madre no habría de aparecer otra vez. Puse su mano sobre la erección. Se separó bruscamente y me miró a los ojos, no sé si conmovida o desconcertada, como si le hubiera puesto en la mano algo imprevisible, insólito. Que lo era, por cierto: Tachi no había tocado antes un pene. Retiré mi mano, dejando la cosa a su albedrío. Respiraba agitada. Sus dedos iniciaron el intento de rodear la cosa por encima de la tela. No traía puestos los jeans sino un pantalón de franela, con lo que se le facilitó llegar a empuñar la pija. Volvió a acercar sus labios y retomamos el beso. Su boca hurgaba con ansias dentro de la mía como buscando así resolver el misterio que su mano aferraba.

En el televisor se sucedían las persecuciones de autos y los tiroteos. En borroso blanco y negro. Me pregunté cuánto tiempo podríamos seguir así, enredados bajo la cobija, antes de que alguien apareciera y quedáramos en evidencia. No tenía idea de qué hacer. Pero en las situaciones extremas el instinto se impone. La mano de Tachi comenzó a masajear el animalito atrapado con movimientos cortos y tensos. Me sumergí instantáneamente en la bruma de la sensualidad. Suspiré dentro de su boca:

-Así.

Tachi continuó su brusca caricia con más intensidad. Aquello duró una eternidad, o menos de un segundo. Comencé a levitar. Tachi era una maga y me propinaba su número más especial: lograr que el peso abandonara mi cuerpo para que se elevara por los aires. Sentí cómo el semen concurría convergiendo irresistiblemente y, alcanzada la punta de la pija, se lanzaba al vacío sin resistencia alguna, amenazando llevarse consigo los últimos vestigios de mi conciencia. La levedad me abandonó y caí.

-Tachi, llamé como pidiéndole que detuviera mi caída y me devolviera al mundo.

Pero ella seguía, totalmente concentrada en devorarme con la boca y vaciarme con la mano. No se detuvo hasta que recuperando el aliento le dije:

-Ya está.

Se detuvo, pero en su mirada ausente adiviné que estaba concentrada en sentir cómo, en su mano, la dureza poco a poco iba desapareciendo hasta transformarse en algo que cabía en la palma de su mano. Respiró hondo, conmovida por el misterio que acababa de presenciar. Saqué del bolsillo el pañuelo. En esa época todos llevábamos un pañuelo bien dobladito en un bolsillo, generalmente en el bolsillo trasero del pantalón. Metí el pañuelo por la cintura del pantalón y enjuagué, tanto como pude, el lago de semen que el misterio había dejado sobre mi vientre. Cuando mi mano con el pañuelo emergió desde debajo de la cobija Tachi la atrapó y vio la humedad. Me miró como pidiéndome permiso y se lo acercó a la nariz. Lo olió, primero apenas, después a fondo. Me miró. Por primera vez le vi el ceño fruncido. Estaba tratando de fijar, analizar, comparar con otros quizá el olor de mi semen.

-¿Huele feo?

-No... al contrario. Huele... misterioso. ¿El semen de todos los hombres huele igual?

Yo a mis quince añitos no estaba en condiciones de responder a semejante pregunta.

-Supongo que no.

Tachi entrecerró los ojos, como concentrada en una idea, que resultó ser esta:

-Si le dan a oler a una mujer varios pañuelos con semen ¿reconoce el de su pareja?

-Pienso que sí. En el semen, como en el sudor, cada uno tiene un olor especial, distintivo. El olor de mi semen ¿te gustó?

Volvió a oler el pañuelo. Sonrió con esa sonrisa de apenas, como la de Mona Lisa.

-Si, dijo.

En ese momento se abrió la puerta de entrada como empujada por un viento huracanado e irrumpió Joaco. Llovía a baldes. Joaco, tenía un par de años más que yo, y era de tipo gorilón, torpe pero buenazo a ojos vista. A menos que fuera boludo debe de haber captado que había irrumpido en un momento inoportuno, pero supo disimularlo. Diez

minutos antes hubiera sido peor, por supuesto. Estaba en shorts y camiseta, empapado y embarrado hasta las orejas. Antes de decir “Hola” estornudó dos veces. Levantó la mano libre a modo de saludo. Compareció la madre. No pude sino preguntarme cómo podía ser que Tachi fuera tan distinta, física y mentalmente, al resto de su familia. El mundo está lleno de misterios y milagros. A menos que... Los ricachones solían entregar a sus bastardos para ser criados por sus subordinados. No me extrañaría... Si no, para mis entendederas la diferencia era inexplicable.

-Derecho al baño, decía la madre.

Cuando salieron no pude sino reírme bajito. Tachi esbozó su sonrisita.

-Es mejor que me vaya, ya está oscuro.

Por suerte mis humedades no habían trascendido a la tela del pantalón. Pasó la madre con la ropa mojada y sucia. La saludé.

-Chau, chau, gusto de conocerte, dijo.

-El gusto es mío.

Por suerte había traído el paraguas. Como estábamos solos el beso de saludo nos lo dimos en la boca.

-Voy a pensar en vos esta noche. Como siempre pero más.

-Yo también, dijo.

IV

El martes tardó en llegar una eternidad.

-¿Cómo quedaste el sábado?, le pregunté, abrazados.

Leve encogimiento de hombros.

-Bien.

-¿Qué pensaste?

Suspiro profundo.

-Nada. Pensar, nada. Quedé feliz... y a la vez un poco triste.

-Sí, yo también.

-Fue mucho, y de repente, ya no estabas.

Pasamos el cuarto de hora del descanso abrazados y en silencio, como dos náufragos recién rescatados. Miré su rostro, irreal de tan bello y ambiguo. Se me ocurrió que Tachi tendría que decidir si finalmente sería chico o chica, y que eso explicaba su carácter retraído y ensimismado. Me pregunté entonces qué papel habría jugado en su dilema la experiencia del sábado. Me pregunté si su esencia mágica tenía algo que ver con la tal opción... Pensé que quizá yo podría ayudarla a decidir... si encontrábamos un espacio para estar realmente solos. Solos y desnudos. Y si ella decidía ser chico entonces yo sería su chica. Como si leyera mis pensamientos, dijo:

-Mamá trabaja de lunes a sábados de ocho a dos. Mi hermano igual, en una distribuidora de alimentos.

-O sea que en tu casa sólo podemos estar solos entresemana de mañana, que es cuando estamos en el liceo.

Por el muro subía trabajosamente un caracol. Tachi lo tomó entre los dedos. Lo olió y luego se lo acercó a la cara para verlo bien. El bicho a su vez estiró hacia ella sus cuatro

antenitas. Hubo un momento extraño en que pensé que iba a ponérselo encima de la nariz. Después lo dejó donde mismo lo había tomado, al final de su huella de baba. Asumido el momento mágico de su viaje el caracol retomó su camino.

-¿Y en tu casa?

-Mi madre tiene un horario igual al de la tuya, mis hermanas van al liceo de mañana y regresan pasadas las doce y media.

-O sea...

Calló. Sólo una conclusión era posible. El fruto maduro se soltó y cayó, impelido por la fuerza de la gravedad.

-O sea que..., insistió.

-Tendríamos que faltar a clases. Hacernos la rabona.

Me miró a los ojos, pero no dijo nada.

-¿Harías eso por mí?, pregunté.

Sonrió.

-Sólo si vos lo hicieras por mí.

Paladeamos el placer insólito de sentirnos cómplices, de estar dispuestos a transgredir las normas para poder recoger el fruto de nuestro deseo.

-¿Correrías ese riesgo?

-No seas bobo, no hay ningún riesgo, dijo, como si su entretenimiento cotidiano fuera transgredir normas.

Sellamos nuestro pacto con un largo beso que, definitivamente, tuvo un sabor diferente, con menos ternura y más ansiedad. Me quedé pensando que, para que dos personas puedan estar juntas y solas, tienen que tener una casa, para lo cual necesitan ganar dinero trabajando. El tiempo que así consiguen para estar juntos y solos es el tiempo que no tienen que trabajar para pagar la casa en la que están solos. Pensé que debiera de haber otra manera de estar juntos y solos sin ceder a cambio parte del tiempo. Argumentos para la rebeldía, a los quince años de edad, en aquellos tiempos.

Ese sábado por la tarde Tachi vino a casa. Muy arregladita, por primera vez la vi de faldas, con una falda por debajo de las rodillas, y con botitas. Era raro verla sin sus jeans. Como si se hubiera disfrazado de nena. Me pareció tan raro como si se hubiera puesto un hábito de monja, pero mi madre y mis hermanas reaccionaron maravilladas. Comprendí que no sólo su belleza sino además su magia se les hicieron de inmediato evidentes, tal como a mí. Hasta a mis hermanas, que no pierden ocasión de criticarme, celosas de las preferencias de que hace objeto mamá al hombre de la casa. Vivíamos en el piso superior de un edificio de dos pisos, de construcción relativamente reciente. No había humedad y se calentaba rápidamente. Merendamos todos juntos escones y chocolate caliente, y jugo de naranja que exprimieron Adela y Celina. Adela, la mayor, en un aparte me dijo:

-Es divina.

-¿Qué tiene de divino?

-No sé, algo en los rasgos, en la manera como se comporta...

No supo ser más precisa. Me encantaba que se babeara, me sentía orgulloso.

-Anastasia es un nombre precioso, dijo mi madre.

-Es... exótico, dijo Celina. Me hubiera gustado llamarme Anastasia, es como un título de realeza.

Tachi se ruborizaba y escondía la mirada.

-Prefiero que me llamen Tachi.

-Me encanta tu corte de pelo.

-Me lo corto yo.

-Se nota, dijo mamá.

-¡Mamá!, protestó Adela.

-¿Qué pasa? Se nota... pero te queda muy lindo, muy original.

Pensé que, aunque fuéramos chiquilines, objetivamente lo que sucedía era que a mi familia de mujeres yo había agregado una mujer, la que yo había elegido como la mía. Me sentí como deliciosamente sumergido en un gineceo, donde todo era aroma de

mujer, como si estuviera en un jardín y todas las flores soltaran para mí su aroma. Ellas con sus pubis y sus sexos escondidos, y yo con mi pija, mi estandarte de virilidad. Por primera vez sentí, no en el nivel de las palabras sino física y mentalmente, la diferencia: ellas eran mi corte, mis mujeres, y yo era el hombrecito, el objeto natural de sus amores y cuidados. Fue una especie de delirio, elemental y absurdo, tan absurdo como me lo parece hoy al revivirlo. Pero creo que ese momento, ese rato de embriaguez me marcó: por algo en el resto de mi vida nunca tuve ni quise más compañía que las mujeres.

Adela puso música estruendosa, como a ella le gustaba, y le hablaba todo el tiempo a Tachi, tratando de sacarle conversación, cosa difícil si las hay, especialmente apabullada como estaba por el recibimiento. Mamá se sentó al lado mío y con la punta de una servilleta me sacó una miga de la comisura de los labios.

-Por favor, mamá, protesté avergonzado.

-Muy linda tu novia.

-No es mi novia.

-Sí que lo es, se nota. Es un poco rarita, pero es linda, y dulce.

-¿Qué tiene de raro?

-No sé. Un aire... Con pantalones debe de parecer un chico.

-Para nada, protesté amoscado.

-Por supuesto que no, era una broma.

¿Y si fuera un chico? ¿Si Tachi fuera un chico al que llevé a casa vestido de mujer?

¿Qué con eso?, me pregunté dejándome llevar por el ensueño rebelde... ¡Por Dios! No me lo perdonarían...

Después le mostré mi dormitorio. Mamá se había ocupado de que todo estuviera en perfecto orden. Hasta puso un par de cactus diminutos sobre mi escritorio. Nos sentamos en la cama y le pasé un brazo sobre los hombros.

-Son divinas, dijo muy bajito. Tan cariñosas...

Me tentó el delirio de cerrar la puerta y devorarla definitivamente. Pero pensé que si lo hacía no tardaría en irrumpir alguna, sin siquiera llamar a la puerta. Y la puerta de mi cuarto, dormitorio de niño todavía, no tenía llave. Nos dejaron tranquilos un buen rato. Mamá, seguramente, encendió el televisor. Eso hacía, encendía el televisor y se ponía a tejer, y sólo cuando algo en el parloteo le llamaba la atención levantaba la vista y miraba unos segundos la pantalla. Adela se preparaba para un cumpleaños, cosa que le podía llevar horas incontables. Y Celina tenía la curiosa capacidad y la vocación para desaparecer de la escena durante ratazos. Un poco como hacen los gatos. De manera que senté a Tachi sobre mis rodillas y nos besamos, despacito, saboreando y volviendo a saborear cada una de las sensaciones, y partiendo en busca de otras nuevas. De reojo vi que mi madre se asomaba y desaparecía de inmediato, de manera que me abstuve de deslizar la mano por debajo de las faldas de Tachi.

-Por suerte hoy no hay un terremoto, ni un tsunami, ni empezó la Tercera Guerra Mundial, recitó acariciando mis labios con sus palabras.

-Por suerte, coincidí, y me dejé llevar hasta lo más profundo del beso.

V

Nuestra suerte estaba echada. Ingresaríamos al club selecto de los que se hacen la rabona, cosa que ni ella ni yo nunca antes.

-Si nos dan la captura estaremos incurriendo en doble transgresión: estaríamos faltando a clases sin autorización, y lo haríamos para algo que se supone que nos está explícita o implícitamente prohibido. Se nos sometería a juicio sumario y se nos ajusticiaría sin más.

-¿Estás seguro de que está prohibido? Podríamos preguntar. Mi madre nunca me dijo que no haga tal y tal, y a vos tu madre seguro que no te dijo que no lo hagas.

-Ni falta que hace. Algo que no tiene ni un espacio ni un tiempo propios se supone que no debe hacerse, de lo contrario, los tendría.

-¿Y no hay una manera de encarar que nos permita ahorrarnos estos presuntos... juicios y castigos?

Me encogí de hombros.

-¿A vos qué te parece?

Metió los labios dentro de la boca y los apretó con los dientes, como para evitar que se le escaparan quién sabe qué palabras. Como parecía clavada en esta clausura me puse a lamerle la boca, cosa que la hizo reírse hasta que la sutura cedió.

-Que no, dijo.

-Que no ¿qué?

-Que no me parece que haya de otra.

-A mí tampoco.

-Pero me da un poco de miedo.

-¿A que nos atrapen?

-No, a la cosa en sí.

Nos abrazamos.

-A mí también, suspiré.

-Aplacemos entonces.

-Aplazar, no, medio gruñí mirándola a los ojos para que viera que si insistía me iba a poner loco.

Sonrió, como encantada con mi ansiedad.

-No, claro que no. Yo estoy lista.

-Yo también.

Rúbrica final del pacto. No retrocederíamos y asumiríamos todas las consecuencias. Fijamos el martes siguiente, de manera que la misma tarde volviéramos a vernos, cosa que nos parecía necesaria y conveniente. El lugar sería mi casa.

-Mi casa, no. Es fría y húmeda.

El lunes compré galletitas y un refresco, y los guardé en mi ropero. Mi madre me dijo que me veía raro, como nervioso y preocupado. Un poco lo estaba. No podía decirle “mañana es el gran día”. Aunque no me vendrían mal un par de consejos. Internet no había, educación sexual tampoco, pornografía tampoco, al menos no a nuestro alcance, de manera que uno no sabía más que vaguedades y no aprendía a hacerlo hasta que lo hacía. Ni siquiera un tío buena onda tenía, y mis compañeros de clases me parecían bastante más inmaduros que yo. En algún momento pensé que estaría bueno tener un padre para hablarlo. Aunque seguramente no me atrevería a decírselo. Honestamente, dadas las cosas como eran, me hubiera gustado hablarlo con mi madre, o con mi hermana. Pero, como se sabe, estas cosas no se hablan, como si de hacerlo fuera a rajarse el mundo. Me pregunté si Tachi estaría pasando por las mismas dudas. Seguramente que sí. Y si para mí era imposible hablarlo con alguien, más imposible sería para ella. ¿Con quién iba a hablar? ¿Con su mamá chiquita y enjuta y como aplastada por el peso del mundo? ¿Con su hermano, buenón pero gorilón de cabo a rabo? De que tuviera amigas íntimas nunca me habló. Sutil como una sombra, estoy seguro de que sus compañeritas a duras penas notaban su existencia. Calculo que lo que esperaba era que yo supiera. Para decirlo crudamente: al fin y al cabo el instrumento agente era la pija y la pija era mía. Me prometí ser su novio, su amigo, su amante y su

confidente. Conmigo soltaría lo que tuviera entre pecho y espalda. La rodearía y le daría todo mi apoyo. De seguro que no es fácil ser mágica.

Rara vez estoy solo en casa. Me sentí como culpable de algo. Como si hubiera entrado en la casa para robar. Tuve que hacer un esfuerzo para sacudirme de encima la sensación de culpa. Estaba allí para recibir a mi maga, para estar a solas con ella, para que nuestras jóvenes vidas recibieran el don más maravilloso que podían recibir: la mutua entrega amorosa. Dije que por ausencia de dos docentes entraría a tercera y vi partir, una tras otra a mi madre y a mis hermanas. Quedé solo, yo, el transgresor, decidido a robarle tiempo a mis obligaciones para entregarlo a actividades reprochables, pecaminosas diría, si fuera cristiano. Cuando le conté a Tachi estas sensaciones respondió que también ella tenía la sensación de estar cometiendo un error.

-¿Cómo un error?

Suspiró antes de decirlo.

-Como si estuviera a punto de entregar algo que no debería de entregar sino en las circunstancias más propicias.

-¿O sea?

-El matrimonio. Se supone que la obligación de una muchacha honesta es llegar virgen al matrimonio.

Nos quedamos callados, Como buscando la vuelta para dejar de lado el supuesto impedimento. Es decir, yo, nervioso, buscaba, ella no, ella ya sabía la respuesta. Me entregó una mirada seria, transparente, ineludible.

-Para mí esto es como si nos casáramos, dijo.

Sus palabras me tocaron el alma.

-Para mí también, dije.

Y después, para alejarnos un poco de la solemnidad, dije, alzando la voz como para dirigirme a toda una muchedumbre.

-¿Hay alguien aquí que conozca alguna razón que impida este matrimonio?

-Quizá la haya, dijo, siguiéndome la broma.

Pero, ansioso como estaba, sus palabras me bajaron del púlpito.

-¿En serio? ¿Cuál sería?

Me tomó la cara con ambas manos.

-Mirame, dijo, seria, con esa mirada de transparencia absoluta que aprendía a conocerle.

¿Qué ves?

Traté de hurgar en la transparencia de su mirada, y entonces, milagroso y absurdo, lágrimas acudieron a mis ojos. Lloro, o más bien, en aquel entonces lloraba rara vez. Nunca con el torrente de lágrimas que en ese momento inundaron mis mejillas.

-Si hubiera una razón, no quiero saberla, dijo serena, palabra por palabra. Sólo quiero que pase lo que está escrito que tenga que pasar entre nosotros.

Nos besamos, y mis lágrimas se mezclaron con nuestras salivas. Así fue que sucedió. Sin duda yo no estaba consciente de hasta qué punto estaba devorado por los nervios y por la ansiedad. Cualquier minucia podía desencadenar mi crisis. Y así sucedió. Sentía que mi casa ya no era mi casa. Juntos y solos, dispuestos a la entrega, mi casa era el palacio apropiado para un encuentro con lo sublime.

-Bueno, bueno, dijo acariciándome el pelo, como se hace para tranquilizar a un perro zalamero.

-¿Cómo hiciste para zafar en el liceo?

-Al terminar la primera le dije a la bedel que me sentía mal, ya sabés, el período...

En casa la calefacción era con radiadores, de aceite, eléctricos. Había uno en cada dormitorio. El de mi cuarto llevaba una hora encendido.

Cerré la puerta y nos sentamos en la cama. Le ofrecí beber algo caliente pero no quiso. Se quitó el saco de lana y quedó en blusa, yo me saqué el sweater del uniforme y quedé en camisa. Me saqué los zapatos y me recosté en la cama. Hizo lo mismo, poniendo su cabeza sobre mi hombro y cruzando su brazo sobre mi pecho. Así quedamos, callados y abrazados. Apaciguados. Sentir su cuerpo contra el mío y su respiración en mi cuello ya era demasiada maravilla. Me pregunté si no nos estábamos apurando, forzándonos, pero no le trasladé la pregunta. No sé cómo ni cuándo, pero nos quedamos dormidos. El

calor, el silencio, las emociones, la dulzura del amor, la tensión de la inminencia, y quién sabe qué más, todo conspiró deliciosamente para que nos relajáramos hasta llegar al sueño.

Desperté, moviéndome apenas para no despertarla. Dormía y era como otro de sus actos de magia. Dormía y ya no estaba aquí. Su rostro sereno y relajado, sus ojos quietos, como si durmiera sin sueños, viendo nada, su respiración tan apaciguada como si estuviera invernando. No estaba aquí pero no estaba en ninguna parte. Su sueño era como un acto de desaparición completo. No estaba aquí pero tampoco estaba en ninguna de las dimensiones del sueño. No estaba en ninguna parte. Eran las once y media. Había sido la siesta más larga que podíamos permitirnos. Tenía la pija dura. Quería despertarla y exigirle la entrega de su cuerpo. La ansiedad me devoraba, pero exigirle el débito me quitaría el placer de tenerla dormida, a mi lado. De pronto habló.

-Tengo que ir al baño.

-Es la puerta de al lado, la del osito.

En la puerta del baño había la imagen de un osito de peluche sentado en la pelela, que mi madre había pegado hacía más de mil años, cuando éramos chicos. En mi puerta había un Peter Pan y en la de mis hermanas dos hadas con sus varitas mágicas. De regreso volvió a acostarse a mi lado y me abrazó fuerte.

-El baño estaba helado, dijo.

Me pareció el momento adecuado para llamarle la atención sobre la hora.

-No importa, dijo. Está todo bien.

Me pareció que estaba proponiendo que aplazáramos, pero me ofreció su boca y se prendió de la mía, como si no hubiera un mañana para nosotros. Le dupliqué la apuesta. Su lengua no peleaba el espacio con la mía, sino que se entregaba a mi devoración, dulce y lánguida. Tomó mi mano y la puso sobre su pubis. Mis dedos hicieron lo posible por hacerse sentir a pesar de la tela gruesa de su jean de invierno. Tanto hice que su beso se aflojó para poder suspirar a gusto. Mi cuerpo respondía, lleno de determinación. Tomé su mano y la puse sobre mi dureza para evidenciársela. Yo le masajeara el pubis y

ella me lo masajeaba a mí. Se apartó un poco para mirarme a los ojos. Me decía con la mirada tantas cosas que me sentí abrumado.

-¿Qué?

-Quisiera que detuvieras el tiempo ahora.

Me sorprendió verme hecho el sujeto de su exigencia.

-¿Ahora mismo o dentro de un rato?

-Te estoy sintiendo mucho.

-Y yo a vos.

-Mucho.

-Sí, mucho.

Volvimos a mecernos en las corrientes más insondables del beso. Le desabroché el pantalón. Su beso se disparó hacia las zonas abisales. Por debajo de la bombacha puse la mano sobre su vientre y busqué la entrepierna. Su vello era tan corto y suave que pensé que era lampiña, o que se había afeitado. Mis dedos se abrieron paso hasta cubrir la hendidura sin que se molestara en separar las piernas. Con el dedo medio separé los labios y toqué el orificio.

-No, dijo suavemente.

¿No qué? La parte más sensible de mi dedo tocaba precisamente allí donde radicaba la virginidad de su sexo. Lo que quiere es que no la penetre con el dedo, me dijo. Nada sería sino exactamente como ella lo quisiera. Retiré mi avance, desnudé mi sexo y se lo puse en la mano. Acompañé a su mano a recorrer la pija, desde los depósitos de vida hasta la cabeza desnuda y a punto de explotar. Se apartó un poco y se apoyó sobre un codo para mirar. Oprimió el tallo como si con eso pudiera ya hacer saltar el semen. Volví a posicionar mi mano sobre su vientre y en la hendidura. Recorrí cada pliegue y repliegue con dedos tan ligeros y delicados como exigentes. Se le escapó de la garganta un sonido gutural, como si fuera a hablar y algo se lo impidiera, boqueó como un pez fuera del agua. A punto como estaba de no poder más trató de meneármela con fuerza, pero le salió más bien torpe el intento.

-Ahora..., musitó de pronto, con sus ojos cerrados. Ahora es que quisiera que detengas el tiempo.

Con cada grado de excitación que alcanzábamos tocándonos su propuesta se hacía más justa y a la vez más imposible. Es el momento, pensé. Ahora o nunca, y con ambas manos intenté bajarle el pantalón.

-No, dijo. Seguí así.

No iba a forzarla, por supuesto. Ni a ponerme a argumentar lo inargumentable, o sea, que aquel era el momento. La inminencia del colapso interfiriendo, su mano dejó de masturbarme. Separó un poco las piernas para permitirme facilidades. Mi mano cubrió a tal punto su entrepierna que con la punta del dedo líder llegué a tocarle el ano. Su mano, no menos torpe pero más ardorosa retomó el meneo. Ambos nos acercábamos, un poco a tumbos, sin sabiduría alguna, al punto sin retorno. Dejé de pensar en llegar a cogerla y asumí que iríamos exactamente al lugar al que ella quisiera que fuéramos. Ella fue la que llegó primero, soltando una A del tamaño de toda su boca, y sosteniéndola en las alturas, interminablemente, una modulación tras otra, al final de todas las cuales se estremeció violentamente, como si, sin vulnerarle el orificio, igualmente le hubiera tocado el alma. Su mano seguía prendida de mi carne, pero descansaba, casi abierta, como para sentir mejor la correntada que se anunciaba.

-Seguí, le dije al oído. Seguí.

Exánime se volvió hacia mí con una mirada borrosa. Había, sin embargo, comprendido el significado de mi exigencia, porque su mano envolvió el tallo y lo sacudió con renovado frenesí. Abandoné toda resistencia y me concentré en abrirme, dispersarme, diseminarme.

-Ahora, dije, como si no quisiera que se perdiera las consecuencias de lo que me hacía.

Se incorporó lo suficiente como para ver la erupción. Atravesando el universo a la velocidad de la luz no pude ver la impresión que le causaban los goterones de semen volando sobre mi piel, sobre mi ropa, sobre el cubrecama antes de chorrear sobre sus dedos. Cuando abrí los ojos Tachi se estaba mirando la mano, alucinada, como si se la hubiera adornado con joyas exquisitas. Tuve toda la sensación de que el tiempo, efectivamente, se había detenido, y que desde entonces, sin mucha suerte, se esforzaba por volver a transcurrir.

Recogí con mi pañuelo el semen de entre sus dedos. Tenía los ojos cerrados y la respiración muy enlentecida, sumida en una profunda modorra. Pensé que eso sólo era posible si el placer se había extendido por todo su cuerpo, y si su mente estaba en completa armonía con las novedades que había experimentado. Comprendí esto, y al comprenderlo supe que si a mis quince añitos podía penetrar así en lo más íntimo de su embriaguez sensual era porque realmente la amaba. Quité como pude las trazas de semen de mi ropa y del cubrecama, y me tendí a su lado, a olerla. Recogí uno por uno sus olores, desde la nuca hasta el pubis, respirándolos a fondo, para cuando ella no estuviera. Haciéndolo me vino a la mente la idea de que eso, guardar todas las formas de la esencia y de la apariencia del otro, tanto como para que el otro se convierta en alguien que nos es interior, eso debe de ser lo que la convivencia, el matrimonio si se quiere, permite o facilita en grado sumo, razón por la cual se nos aparece como la más deseable de todas las maneras de vivir una relación amorosa. Así, dizque filosofando desde mi inocencia y desde la dulce modorra, dejé que también a mí se me fueran cerrando los ojos.

Al volver a abrirlos eran casi las doce y media. La sacudí suavemente tomándola por un hombro. Para cuando estuvimos calzados y con la ropa en orden ya era pasada la hora que nos habíamos fijado como límite. Dejé todo en orden tanto como pude. Metí en el bolsillo de mi abrigo las galletitas y el refresco. El único indicio de que habíamos estado ahí, para el que pudiera captarlo antes de que terminara de desvanecerse, era el olor a sexo y la temperatura en mi dormitorio ligeramente superior a la del resto de la casa. Pero, que yo sepa, rara vez mis hermanas entraban en mi cuarto cuando yo no estaba.

Caminamos abrazados, lánguidos, varios centímetros por encima del piso. Nos sentamos en un banco de la plaza a comer galletitas y beber refresco.

-El aire de la montaña abre el apetito, comenté.

-El aire del mar también, me aseguró.

Un sol de invierno, apenas tibio salió para saludar a nuestro casi consumado amor carnal. Pensé que era mejor así, este respeto por las reticencias, este jugueteo al borde del abismo, este desnudarnos y compartir los secretos de nuestro placer, e invertir en ello todo nuestro entusiasmo, hasta el total agotamiento. En la parada del ómnibus nos besamos con ardor multiplicado como si no fuéramos a vernos en unas horas.

VI

Durante la clase de inglés me miraba una y otra vez por encima del hombro, como si me viera por primera vez e intentara seducirme desvergonzadamente, o como si temiera que, de dejar de mirarme, desaparecería. En el descanso estuvimos tomados de la mano

todo el tiempo, como si, sin ese contacto, se nos fueran a bajar las pilas. Al menos eso yo sentía. A Tachi, sonrojándose, se le soltó un poco la lengua.

-Me parece increíble haberte tenido en mi mano, que tu semen haya empapado mis dedos. No me lavé la mano, ni siquiera para sentarme a la mesa a almorzar. Recién, en la clase, me olía la mano y sentía tu olor. Me mareaba. Tenía que darme vuelta para mirarte. Ojalá todos los días tuviéramos un rato para estar solos, como hoy.

-Si lo hiciéramos terminaríamos perdiendo el año por faltas.

-Y no les podemos hacer eso a nuestras madres que se matan trabajando.

-Tenemos que ser prudentes, dosificar las rabonas.

-Antes de conocerte nunca pensé que pudiera estar en esta situación, nadie nunca significó lo que vos significás, ni sentí jamás por nadie esta necesidad de estar solos.

Tachi le había declarado la guerra a su mutismo habitual, comprendí que experimentaba la necesidad de ser transparente, inequívoca para mí.

-Creeme que no es fácil hablarte así, dijo, y vi cómo lágrimas asomaban en sus ojos. Por eso te pido que si no sentís de verdad... lo que yo siento, esta entrega absoluta... si no la sentís te pido que ya no nos veamos... que tengas piedad de mí... que pases por mi vida y te alejes sin pedirme nada más, sin llevarte nada más mío...

Las lágrimas bajaron por sus mejillas sin que su rostro se descompusiera por la emoción. Comprendí que, más allá de la languidez y de la dulzura, esta angustia era la consecuencia profunda de lo vivido en la mañana. De manera atropellada, pero había sentido la irresistible necesidad de mostrarme todo el amor y el temor que albergaba en su corazón. Recogí sus lágrimas con sus labios y se las devolví mezcladas con saliva. Sentí que era un cocktail peligroso el de angustia y sensualidad, al que podíamos volvernos adictos. No supe qué responderle. Ella había desnudado su alma ofreciéndome el espectáculo del temor de amar. ¿Podía yo hacer otro tanto? No. Por alguna razón yo no me sentía, como ella, desgarrado por el temor de amar, que es el temor a que el amor en sí o aquel que es amado, desaparezca porque sí, por nada, porque así es la vida, como desaparece la neblina de la mañana con el primer rayo de sol. Apenas pude responderle, puerilmente:

-Te juro que vamos a estar juntos hasta que la muerte nos separe.

Sonrió y sus ojos brillaron como brillan los ojos de un niño angustiado al que para calmarlo se le regala algún chichumeco, un juguetito cualquiera.

Obviamente que ya no nos alcanzaría con estar juntos los quince minutos del “recreo”, como lo llamaba Tachi, ni con las pocas cuadas en la intemperie invernal que, a la salida, caminábamos juntos hasta la parada del ómnibus. De manera que quedamos en que el sábado por la tarde la visitaría en su casa. Por lo menos allí podríamos intimar bajo la cobija, frente al televisor. Cuando le dije a mamá a dónde iba me dio unos pesos para que comprara algo para llevar. Compré masitas secas en la panadería. Cohibidos, con Tachi nos saludamos apenas con un “Hola”. La madre estuvo encantada con las masitas. Llovía y tronaba como para siempre y el fútbol de los sábados de Joaquín se había suspendido. Compareció para saludarme. Me tendió la mano y cuando le ofrecí la mía la estrujó como para sacarle jugo. Comprendí que su apretón excesivo era una advertencia. Estaba celoso. ¿Y cómo no? Él era el guardaespaldas de la princesita. La madre preparó café con leche y merendamos todos juntos. Joaco estaba de humor como para charlarme un poco.

-¿Jugás al fútbol?

-No, no hago deporte.

-Eso está mal.

Su juicio sonó más o menos como una amenaza.

-Sí, está mal, coincidí, buscando desactivarlo más que demostrarle las virtudes de no hacer deporte.

-Yo juego al fútbol todos los sábados. Hoy no porque los maricas lo suspendieron para no resfriarse. En primavera voy los domingos a la pista de atletismo. Me gustan el martillo y la jabalina...

Y así siguiendo. Joaquín era un parlanchín a cuerda. Yo lo miraba poniendo cara de interesarme, y Tachi nos miraba de reojo y se sonreía.

-¿Cómo te va con el inglés?, me preguntó la madre para cortarlo.

-No tan bien como a Tachi.

-A ella nada le cuesta. Ojalá siga una carrera. Me la imagino, como yo, trabajando en algún empleo... lamentable... y se me encoge el corazón.

-Mamá..., protestó Tachi.

-Sí, estaría muy bien que hiciera una carrera, coincidí para darle gusto.

-A veces, cuando tiene ganas de hablar, porque habrás visto que no es muy habladora, dice que hará Medicina.

-¿Qué querés, mamá, querés que te lo diga todos los días?

-Me encantaría. Y vos ¿qué vas a estudiar?

-No sé, no lo tengo claro.

-Pero algo estudiarías ¿no?

Y así siguiendo. Después nos exiliamos en el rincón del televisor.

-Ojo porque mi hermano es re-vigilante.

Alzando la voz:

-Mamá ¿nos traerías una frazada para taparnos un poco?

-Tachi, mirá que a las siete y media tengo el programa de deportes.

-A esa hora te dejamos el televisor.

La madre trajo la frazada y ella misma nos la puso por encima.

-Vamos, Joaco. Dejá a los chiquilines tranquilos. Vení que te corto el pelo, y las uñas.

Desaparecieron. En la tele había un programa de campesinos palurdos, cuyas tonterías supuestamente debieran de resultarnos graciosas.

¿Vos pensás que si le decís a tu madre que necesitamos estar solos nos daría chance?

Tachi rio bajito.

-No sé, ella es del campo, pero vos le gustaste. A lo mejor no pone el grito en el cielo... pero pondría una cara lastimosa, y me pediría que tengamos un poco de paciencia.

-¿No te animás?

-No, no me animo. A lo mejor si vos le hablás... se impresiona.

-¿Yo? No, ni loco. Imaginate nomás...

Juntamos nuestras cabezas. Cerró los ojos. Habló susurrando apenas:

-Oigo tus pensamientos.

-¿Qué pienso?

-Me da vergüenza decirlo.

-Entonces es cierto que oís mis pensamientos.

Irrumpió Joaquín, tronando. Nos separamos.

-Chau, me voy.

-¿Dónde vas?, preguntó la madre, irrumpiendo también.

-A dónde voy a ir, mamá. Al pool.

-No vuelvas tarde. Y no te juntes ya sabés con quién.

-Adolfo es un buen chico, no porque tenga el mismo nombre que Hitler va a ser un canalla.

Se puso el impermeable.

-Vuelvo a las siete y media. En punto, repitió a modo de advertencia.

Y justo antes de abrir la puerta bajó la voz para decirnos:

-Y ustedes se portan bien.

Establecido lo cual, salió a la lluvia.

-Nena, voy a descansar un rato, dijo la madre y desapareció también.

Volvimos a juntar las cabecitas.

-Ahora pensaste... que por fin estamos solos.

-Realmente oís mis pensamientos. ¿Qué más estoy pensando?

Sin decir palabra bajó un poco el cobertor, que teníamos hasta el cuello, y abrió su saco de lana, debajo tenía una camiseta, que remangó hasta dejarme ver sus pechos. Recogí en mi mano uno y luego el otro de sus pequeños senos, acaricié los pezones con el pulpejo de mis dedos. Soltó un gemido fugaz y poco menos que silencioso.

-Te siento mucho, dijo. Tengo los pezones híper sensibles. ¿Vos tenés sensibilidad en los pezones?

-No sé. Creo que sí. Un poco.

Se volvió hacia mí, metió una mano por debajo de mi ropa y me tocó los pezones. Me sorprendió cuánto sentí el contacto. Nunca antes. Pensé que ella traía la sensibilidad en los dedos y la pasaba a mi piel, como un cable trae la electricidad.

-¿Notaste que tengo los senos más grandes?

Me enterneció su preocupación.

-Es cierto... mirá... casi me llenan la mano... ya son como de mujer, opiné, derrapando.

-¿Antes de qué eran? ¿De gata?

Hice rodar su pezón entre el pulgar y el índice y luego tironeé suavemente.

-Así, si... es... divino.

Nuestros brazos se cruzaban para acariciarnos mutuamente los pezones. Entré en erección instantáneamente.

-Mirá cómo estoy.

Tocó el bulto.

-Yo estoy igual.

Pensé que había equivocado la fórmula verbal, pero seguramente lo que ella sentía en el vértice de su pubis justificaba que dijera que ella estaba igual.

-Mamá está durmiendo la siesta de los sábados, por un buen rato no va a aparecer.

Abrí la bragueta y ella atrapó la erección. Se puso a menearla con mimo y con entusiasmo. Cerré los ojos y disfruté de su mano, quizá ya un poco menos torpe.

-Tachi...

Sentí aproximarse el desenlace.

-¿Qué?

-Ya casi...

-Mi amor...

La cabeza me estalló, era la primera vez que la oía decir “Mi amor”. Me vine en sus dedos, y sobre mi vientre, y también un poco sobre la colcha. Quedé retorciéndome de placer, como una culebra. Es decir, no sé por qué se retuercen las culebras, pero yo lo hacía del más profundo y estremecido placer. Saqué el pañuelo, sequé lo que pude y se lo di para que se secase los dedos.

-¿Puedo quedármelo?

-Quedátelo...

Me sentía flojo como una medusa.

-Mi amor..., dije, estrenando yo también la fórmula mientras mi mano se deslizaba por la cintura del pantalón y por debajo de la bombacha hasta llegar a la comisura de la hendidura.

-Besame, pidió

Le chupé la boca por fuera y por dentro, como aquejado por una incontrolable voracidad, Mis dedos se deslizaron por entre los labios. Sí, estaba en erección. Sus labios estaban como hinchados, tumefactos, y muy húmedos. Mis dedos sobrevolaban la zona sensible, como si fuera a arderle mi caricia.

-Haceme fuerte...

-¿Cómo fuerte?

-Fuerte.

Apoyé más la caricia.

-¿Así?

-Más.

Apoyé más. Me parecía estar pisoteando un jardín de plantas delicadas.

-Más.

Froté realmente fuerte, más que caricia me parecía ultraje. Tachi entró en la zona álgida del placer.

-Así, matame..., dijo con una voz estrangulada que apenas le reconocí.

La palabra me golpeó como un martillazo en la frente. Sentí que Tachi estaba a punto de reventar pero que por alguna razón no podía alcanzar el punto. Desconcertado apreté los dientes y le hice todo el daño de que fui capaz. Se estremeció como alcanzada por un rayo, abrió la boca y lanzó un grito silencioso. Temblaba como en hipotermia, no supe si se reía en silencio o si lloraba en silencio. Seguí frotándole el vértice y su cuerpo seguía estremeciéndose como si le pasara electricidad de pies a cabeza. Se estremecía como si le frotara el vértice con papel de lija.

-No más, no más, dijo poniendo su mano sobre la mía para detenerla.

Quedó extenuada, como a punto de desmayo, jadeando suavemente, como incapaz del mínimo esfuerzo. Me acomodé la ropa y acomodé la suya, nos cubrí hasta el cuello. Flotamos en la modorra. En el televisor unos niños cantaban a cuál peor.

-Es tan..., susurró.

-Sí, es tan.

Me sentía como tomado por una especie de alegría visceral y tonta.

-Decí te amo.

-Vos primero.

-Te amo.

-Te amo.

Realmente sentía como que con las cabezas juntas su mente leía la mía.

-Ojo porque te escucho lo que pensás, advirtió.

-¿Qué pienso?

-Algo que no te animás a decir.

-¿O sea?

-Vos sabrás.

Le tomé la mano. La modorra derivaba hacia el sueño.

-Te preguntás por qué te dije "Matame".

Obviamente que acertó, pero no dije nada. Me sentía cohibido. ¿Cómo podía ser posible que me pidiera que la mate?

-No sé por qué lo dije, no tuve intención, se me escapó...

-¿De dónde se te escapó?

Se encogió de hombros.

-De una bolsita donde guardo puras locuras.

-¿Y me vas a mostrar todas las que guardás?

-Una por una, a medida que vayan saliendo cuando se les antoje.

-Es una promesa.

-Si. También te preguntabas por qué te pedí que me acariciaras fuerte.

-Veo que soy transparente para vos.

Respiró varias veces antes de contestar.

-Tampoco yo sé por qué te lo pedí.

Quedamos callados, meditabundos.

-Yo también te lo he hecho fuerte y no dijiste que no te gustara, argumentó.

-Es cierto.

Se encogió de hombros otra vez.

-Es como andar en bici, a veces te gusta pedalear suave y a veces te gusta pedalear fuerte.

-No sabía que te gusta andar en bici.

-Me encanta, pero la que tengo ya me queda chica.

En ese punto la madre interrumpió la tan instructiva, por no decir que reveladora conversación.

-Se van a quedar dormidos, dijo, inesperadamente cerca.

-Es que está tan calentito aquí abajo, dije.

-Sí, me imagino. Cuidadito cómo se portan ¿eh?

Y siguió su camino. Quedamos riéndonos bajito.

-A mi me parece que tu madre tiene una muy buena actitud.

-No podés confiarte. Mamá es bastante inestable. Joaco tuvo problemas por esto. Es que ella se siente sola en el mundo, y su hogar es su refugio. El hogar no puede ser “mancillado”, como ella dice... Y además piensa que si lo permitiera sería como aceptar que ya estamos grandes y pronto la vamos a dejar.

Me sorprendió el razonamiento de Tachi. Más allá de su actitud prudente y juiciosa, le importaba entender la vida, y la entendía. Era... compasiva. Sus palabras me hicieron sentir bastante más pendejo que ella. Con las cabezas juntas y las manos unidas, gozando de la pura presencia del otro, dejamos correr el resto de nuestro plazo. A las siete y media, al volver Joaquín, yo estaba pronto para irme. Separarnos era arrancarnos con dolor uno del otro, dolor que sólo amainaba cuando conseguía instalarme en lo vivido ya no como pérdida sino como recuerdo, gozoso recuerdo. Lo último que hubo en mi mente esa noche antes de dormirme fue Tachi, ya en su cama, escondida bajo sus cobijas para oler mi pañuelo. ¿Cómo olerá el semen pasado el rato? me pregunté. Que yo sepa nada huele igual fresco que al rato. Fresco el semen huele, me parece, a silvestre, a animal, pero han pasado horas, pensaba ¿olerá a rancio, a descompuesto, olerá repugnante? En ese caso, así como le encantaba, quizá lo rechace con disgusto. Espero que no. Era hermoso verla tan encantada con aquello que su amor destilaba en mi cuerpo. No debí dejárselo. Estas son cosas del momento, concluí. La emoción es lo que hace de un aroma natural un perfume irresistible.

VII

En aquellos tiempos no existía Internet, ni la fotografía digital, ni los celulares con cámara de fotos. Tener una foto de alguien, para el común, era algo raro. Había que tener una cámara de fotos, así fuera de tipo turista, y un rollo de película, que permitía treinta y seis fotos y que no era barato, y luego había que revelarlo y hacer las impresiones en una cartulina especial, lo cual era caro. En mi casa no había dinero para el bello hobby, y en la de Tachi, menos. De manera que no tengo una foto de Tachi tomada en el año en que nos conocimos. Si tuviera una la pondría aquí para demostrar de manera indiscutible lo que quiero decir cuando hablo de su belleza inexpressiva y ambigua. Pero una foto quizá no hubiera podido mostrar su aura mágica. A falta de una foto tenía... muchas. Mentales. Cuando no estaba con ella repasaba sin cesar el álbum de imágenes que guardaba en mi mente. Imágenes de ella en todas las diversas circunstancias: en clase, tomando el café con leche, mirándome profunda y misteriosa cuando estábamos por pasar a las cosas de la piel, maravillada meneándome la pija y esperando el momento de la erupción, etc etc etc. Y en estas fotos mentales sí era posible ver su aura y adivinar su carácter mágico. No es que Tachi pudiera hablar con las bestias, o caminar sobre el agua, o volar por los aires, pero es que cuando uno era

capaz de captar la belleza de sus rasgos, que no eran de nene ni de nena, sino de ser esencial y etéreo, uno dejaba de sentir el peso del mundo, se sentía capaz de todo y ligero como una pluma. No sabría decirlo de una manera que resultara más clara. No recuerdo haber tenido nunca la tentación de seguir a alguien por la calle, excepto a Tachi. ¿Por qué? ¿Para qué? Para no estar sin ella, sin el resplandor de su ser. Pensé en ir a la salida de su liceo y seguirla hasta su casa, o apostarme frente a su casa y seguirla, por ejemplo, cuando saliera a hacer las compras. ¿Desconfiaba de ella? ¿Pensaba en la posibilidad de que se viera con otro? No, por Dios, nada de eso. Solo deseaba que no hubiera minuto en mi vida en que no gozara del resplandor de su existencia. No lo hice, no la seguí, porque hubiera sido como una intrusión, como forzar un capricho. Honestamente: no lo hice porque pensé que ella jamás lo haría. No lo hice, pero lo imaginé, tan detalladamente como me era posible, con tanta intensidad, que estuve a punto de confesarle mi delirio, como si realmente lo hubiera hecho.

Lo cierto es que ya no podíamos esperar más. En el “recreo” nos abrazábamos impudicamente, apoyando un cuerpo contra el otro, hueso por hueso, cerrando los ojos era como estar desnudos, con la quilla de mi velero surcando sus océanos. Abrir los ojos y volver a la realidad del mundo, de la ropa, de la mirada de los otros, nos sumía en una densa desazón. Le dije:

-El jueves.

-¿Te parece faltar una vez por semana?

-Si mantenemos las notas altas y no nos acercamos al máximo de faltas, no va a pasar nada.

-No conocés a mi bedel, le encanta meterse en nuestras vidas, y le encanta castigarnos.

-La mía es igual, pero antes de llamar a mi madre tiene toda una lista de delincuentes mucho más pesados de que ocuparse.

De manera que fijamos el jueves. En casa de ella. Estuve una hora en un boliche tomando un cortado y luego un vaso de agua. A las nueve y cuarto estaba en la esquina de enfrente, atento a la puerta de la casa de Tachi. A las nueve y media nadie había

salido. Calculé que se habían ido antes de que yo llegara. En ese momento Tachi estaba llegando desde la otra esquina, justo cuando yo empezaba a cruzar la calle. Se apuró para que no entráramos juntos, porque siempre hay vecinos jodidos. Nos abrazamos, respiramos hondo y nos miramos serios, como si hubiéramos llevado a cabo una peligrosa misión clandestina. La sala estaba fría como una catacumba. Como si no hubiera tiempo que perder, que sí lo había, por supuesto, empujó la estufa a gas hasta su dormitorio y la encendió. Cerró la puerta.

-Y hoy ¿cómo zafaste?

-Igual, al final de primera dije que me sentía mal. ¿Vos?

-No fui, esperé en un boliche tomando un cortado.

Nos sentamos en la cama y nos dimos unos besos de pura ternura. En un par de minutos el aire del pequeño dormitorio ya se había entibiado. Tachi se desnudó un poco a las apuradas, como si fuera una tarde de verano y estuviera a punto de zambullirse en una gran piscina. De manera que, de pronto, estaba parada frente a mí, por primera vez completamente desnuda. La visión de su desnudez me sumió en una especie de estupor. Quedé mismo como tarado, mirándola de arriba abajo con los ojos muy abiertos. El plumón delicado cubriendo el pubis, los pechos pequeñitos y puros, el rostro inexpresivo, la mirada distante, y sus pies, pies como palomas indefensas. No me da vergüenza decirlo: me arrodillé delante de ella como si fuera una aparición. Y me doblé hasta que besé sus pies. Y así quedé, en éxtasis. Sus dedos me tocaron la nuca.

-Bobo, dijo.

No bastaron esas dos letras repetidas para sacarme del estado de posternación en el que estaba.

-Mejor desnudate, dijo entonces, con la dulzura con la que se le habla a un niño para convencerlo.

Obedecí. Dejé mi ropa encima de la suya. Ahora su mirada me exploraba, pero no era una mirada embobada, como la mía. Me miraba seria como se mira un destino que emerge de entre la bruma del vivir. La tomé por la cintura y la atraje, apoyando su piel contra mi piel y mis labios contra los suyos. Sus manos se juntaron sobre mi nuca y las mías descendieron hasta sus nalgas. Quedamos así en total contacto y en total delicia como si el tiempo finalmente nos hubiera hecho caso y se hubiera detenido por

completo. El encantamiento de la atemporalidad resultó derrotado por el estado de urgencia que impuso centímetro a centímetro mi erección. Entonces, a pura intuición amorosa, Tachi dio en imitarme y se arrodilló, y sin haberlo nunca hablado ni pactado, tomó en su boca la cabeza de la pija. Aquello me parecía increíble, inconcebible, aunque estuviera sencillamente sucediendo. La pija, aquello sucio, aquello con lo que se mea, estaba en su boca. Levantó la cara y me miró. Vi sus labios delicados rodeando el tallo, y vi en sus ojos una bandada de preguntas enloquecidas. Se puso de pie.

-Fue un mimo, dijo, como excusándose. Para conocernos mejor.

Sobre la almohada había una toalla de baño doblada. La tomó y la abrió sobre la porción central de la cama. Tachi estaba decidida a que lo que tenía que suceder, sucediera. Al verla inclinada sobre la cama me le acerqué por detrás, la tomé por las caderas y apoyé la erección contra sus nalgas. Sus caderas no eran anchas, su cintura se sentía frágil, sus nalgas eran bellas, dulces, sin firmeza, indefensas. Se quedó quieta. Apoyó ambas manos sobre la cama. Yo sólo había querido acariciar su lado B, pero su inmovilidad me invitaba ¿a qué? Nada sabía yo de penetrar a la mujer desde detrás, pero la posición en que estábamos hacía evidente la opción. ¿La conocía ella? ¿Me la estaba ofreciendo? Entiéndaseme bien: en el medio social puritano, no por religión sino por vocación, en que vivíamos no existía la pornografía, al menos no para chicos de quince años, ni existía el Kama-Sutra, ni nada por el estilo. En nuestras mentes el abrazo sexual era la continuación directa del abrazo común y corriente. Las nalgas que Tachi al parecer me ofrecía, o al menos dejaba a mi arbitrio usarlas, no significaban para mí mucho más que un hombro o una pantorrilla. No sabía yo qué hacer con ellas, pero el instinto amoroso señala el camino. Toqué su entrepierna. Estaba húmeda. Tachi suspiró y levantó la cabeza, como a la expectativa. Abrí la vulva. Gimió apenas y separó un poco más los pies. Desnudé la cabeza de la pija y la apoyé sobre el canal. Lo recorrí una y otra vez, y terminé por detenerme sobre el orificio. Oí la respiración agitada de Tachi.

-Metémela, dijo con la voz apagada por la excitación.

Hubiera bastado con empujar con mis caderas para abrirme camino. Pero no pude. Sentí que penetrarla así era como usarla, despersonalizarla, reducirla a su cuerpo, a sus nalgas abiertas. No era el acto de amor, mirándose a los ojos y besándose las bocas. Yo no conocía, ni había adivinado la lección básica de la pornografía, que hoy todo el mundo conoce y acepta, todo el mundo no, más bien casi todo, o sea que coger es usar el

cuerpo del otro para alcanzar el placer y dar el propio cuerpo para que el otro lo alcance. De manera que me aparté. Tachi se enderezó y me miró a los ojos con una mirada que me preguntaba por qué no. Vio, leyó clarito en mi mirada por qué no. Apoyó su frente contra mi pecho.

-Mi amor..., dije, con la intención de decir algo que, por supuesto, no supe decir.

Quedamos así abrazados en silencio. Me puse a acariciarle cada centímetro del cuerpo como buscando algo que escondía en su desnudez. Le toqué las axilas, el cuello, los pechos, el vientre, el pubis, la hendidura, las nalgas hasta tocar el ano. Tachi levantó la cara ofreciéndome sus labios. La besé penetrando su boca con mi lengua tanto como pude, como si finalmente allí hubiera encontrado lo que buscaba.

-Vení, le dije y me tendí en la cama.

Se acostó abrazando mi flanco, su cabeza sobre mi hombro, su boca entreabierta, como ganada por una avidez indefinible. Tomó en su mano la pija semidormida con la delicadeza con la que podría acariciar a un pájaro. Entonces, como si hubiera decidido el destino que daría a su avidez se inclinó sobre mi vientre y tomó al pájaro entre sus labios. Permaneció así inmóvil, respirando por la nariz. Le acaricié la espalda contando las costillas, luego los hombros, el cuello, la nuca, sintiendo cómo la erección volvía a crecer en su boca. Nada hacía ella más que acunar la cabeza en la humedad cálida y sedosa de su boca. Su mano acunó mis huevos, acariciándolos, sin oprimirlos. Cuando la erección estuvo completa Tachi soltó la presa y me ofreció su boca. Era vertiginoso estar sorbiendo de su boca la saliva con la que estuvo bañándome el glande. Puse mi mano sobre sus nalgas, su ano tenía un imán y volví a tocarlo. La sentí estremecerse.

-Pellizcame, pidió.

-¿Para qué?

-Para estar segura de que esto es real.

Pellizqué con ganas en una nalga.

-Bruto.

-Vos lo pediste. Separé las piernas.

Lo hizo y me arrodillé entre sus piernas. Su vulva estaba abierta, pronta para recibirme, brillante de tan lubricada. Pensé que apoyaría la cabeza en el orificio, empujaría y penetraría en su cuerpo. Pero después ¿seguiría siendo tan hermosa? Sé que era una pregunta absurda, o no absurda, sino lógica, pero que la embriaguez amorosa normalmente se la saltea, no llega a formulársela, al menos no antes de estar clavado en el cuerpo amado. Una gran gota de lubricante emergió en la boquita del glande. Tachi miraba la pija con los ojos bien abiertos. Después ¿volvería a mirarla con una tal mezcla de amor, ansiedad y deslumbramiento en los ojos?

-Es tan hermosa... tu concha.

Me miró a los ojos.

-Mi concha..., repitió como si estuviera aprendiendo un idioma desconocido.

Como para compensarme, por primera vez, como ofreciéndome también una palabra, dijo:

-Tu pija también es hermosa.

Mareado por la embriaguez del deseo y por un temor incomprensible e in formulable, pensé: ¿se puede estirar un momento tan perfecto? Se lo toma, o se lo aplaza, o se renuncia a él para siempre.

-¿Qué pasa?, musitó dulcemente.

-Nada... es que es tan hermoso este momento... que no puedo tomarlo. No soporto pensar que si lo tomo va a ser parte del pasado, que si lo tomo lo mato, lo apago para siempre.

-Mi amor..., suspiró. Yo siento lo mismo. Siento que si me la metés estaremos dejando que un imperativo inflexible domine a nuestros cuerpos, un imperativo ciego, incapaz de ver la belleza de este instante, decidido a devorarlo y olvidarlo...

-Es muy loco esto. Ansío penetrarte, pero a la vez siento que al hacerlo, este momento, con tu concha abierta y mi pija tan dura que me duele, este momento de amor y de deseo insoportables, en que nos vemos con ojos totalmente... abiertos, este momento desaparecería para siempre, sería nada, olvido, pasado. Y no lo puedo aceptar...

-Vení.

Me tendí a su lado y nos abrazamos como dos huerfanitos perdidos en medio de una tormenta, la tormenta de un sentimiento compartido pero incomprensible para ambos más allá de la red de palabras con las que intentábamos atraparlo y definirlo, y del que sólo sabíamos que venía a contradecir nuestra agenda de adolescentes enamorados y deseosos de ir hasta donde fuera necesario para consumirnos en los últimos ardores.

-Estamos un poco locos ¿no?, dijo con una especie de risita divertida.

A ella no le pegaba duro, como a mí, el ser responsable de que una vez más no sucediera entre nosotros lo que estaba escrito que debía suceder según toda la lógica del amor verdadero.

-No creo. No entiendo bien lo que pasa, pero siento que fue parte de amarnos.

-Sí, mi amor, musitó contra mi cuello. Teníamos que respetar este sentimiento, esperar a que nos diga que podemos seguir adelante.

-El tiempo se detuvo, pero va a volver a fluir otra vez, dije y la abracé.

Mi mano volvió a sus nalgas y toqué otra vez el ano.

-Te gusta todo mi cuerpo, me dijo al oído.

-Todo.

-Me gusta que me toques ahí. Te siento mucho cuando lo hacés.

-¿Te excita?

-Algo así.

-Mi amor, dije, jugando con el pequeño, fingiendo como si mi dedo quisiera penetrarlo.

-Quiero besarte.

-Hacelo, dije, no entendiendo bien el deseo que expresaba.

Lo entendí cuando empezó a besarme el cuello, con besos chiquitos, y siguió con el pecho y el vientre, hasta enfrentarse con el monstruque, al que encontró vibrante de emoción y al que también besó. Después desnudó el glande y lo lamió tal y como si fuera un helado.

-¿Está bien?, preguntó.

-Si, dije pero inevitablemente me pregunté si esto también era pura intuición o si ya se lo había hecho a alguien. Me avergoncé al instante: horrible duda, doblemente horrible al tratarse de Tachi. Lo que hablaba en ella no era la experiencia, ni propia ni de otros, sino la pura intuición amorosa, la lógica de ceder a la embriaguez de las caricias.

Bañado en saliva tomó el glande en la boca. Pasé por encima de la sospecha y le acaricié la nuca, dejando que mi mano pesara un poco, con la consecuencia de que la ingurgitación avanzó: la mitad del tallo desapareció dentro de su boca. Por puro mimo Tachi comenzó a cabecear suavemente, avanzando sobre el tallo y retirándose. Suspiré y gemí indicándole inequívocamente que nos acercábamos al punto sin retorno. Entonces liberó la presa y me preguntó, mirándome con los ojos de la pasión:

-¿Está bien así?

-Está bien, seguí, respondí con un hilo de voz.

Retomó su juego hasta que cruzó la línea y llegamos a donde teníamos que llegar: dejé que se atuviera a las consecuencias naturales de su inventiva y exploté dentro de su boca. Le puse la mano sobre la nuca mientras tragaba cada disparo de semen. Vaciado y en retirada, Tachi volvió a abrazarme. Me ofreció sus labios con olor a semen. Bebí del otro cocktail fatal, el del semen con la saliva.

-¿Y eso?, le pregunté.

-¿Te gustó?

-Mucho.

-Más me gustó a mí, te tengo dentro mío.

-Es raro... que te hayas tragado mi semen... raro y maravilloso...

-Se me ocurrió hacerlo la primera vez que lo tuve en mis dedos.

Que bebiera un jugo de mi cuerpo no se me había ocurrido, y, francamente, si se me hubiera ocurrido lo hubiera descartado como repugnante. Pero se le había ocurrido a ella y estaba feliz con su ocurrencia. Su loco acto de amor sólo podía recompensarlo haciéndole lo mismo.

-Ahora voy a hacerte lo mismo. Separaré las piernas.

-¿Estás seguro?

No estaba seguro de nada. La idea era enfrentar su sexo y besarlo. No podía ser mucho más repugnante que lo que ella hizo. Y quizá me diera tanto placer como el que evidentemente ella había recibido. Separó las piernas y me acomodé, con la cara a centímetros de su sexo. Tachi se apoyó en sus codos para ver lo que le hacía. Su sexo estaba abultado y rojizo como un fruto ya no maduro sino reventón. Y rezumaba humedad. Inevitablemente respiré su olor. Olía sobre todo a jabón de tocador, y solo después, por debajo, recibí un olor dulzón y penetrante al respirarlo. Saqué la lengua y recorrí la hendidura. Tragué sus jugos mirándola a los ojos. Se puso colorada y apoyó la cabeza en la almohada para esconder su turbación. Separé los labios y apoyé la punta de la lengua sobre el orificio. Pensé ¿cómo no? en abrirlo con la lengua. Y lo intenté, pero no era posible, se necesitaba algo más contundente. Tachi gimió y separó más las piernas. Estaba más que pronta para lo que fuera. Y yo estaba en erección otra vez. Lamí todo el valle, desde donde los labios se juntan hasta más allá del orificio. Tachi ondulaba con cada lamida. Entonces, levantándola con las manos bajo las nalgas hice lo que nunca se me hubiera ocurrido hacer, y que creo que lo hice para que supiera el tipo de adoración sin límites que sentía por ella: le acaricié el ano con la punta de la lengua.

-No, dijo fuerte y claro, y puso la mano en mi cabeza como para separarme, cosa que no hizo, y que, como no lo hizo, entendí que quería más. Se lo lamí entonces, y cuando estuvo bien húmedo se lo masajeeé con el dedo índice.

-No, repitió, fuerte y claro, pero ondulaba sin esbozar ninguna resistencia.

Penetré. Apenas. Sólo la primera falange. Y con la boca volví a la vulva y chupé los labios hasta concentrarme en el vértice. Lamiendo y chupando el vértice comenzó a sacudirse y a gemir. Le hundí el dedo hasta la segunda falange. Ya no pudo soportar el doble ataque y alcanzó el placer estremeciéndose y empujando contra mi boca y contra mi índice como intentando que le devorara la concha y le clavara más el dedo en el ano, cosa que no hice. Cuando la sentí exánime me separé de su cuerpo. Tenía la pija dura, apuntando al techo. De puro inconsciente me puse a menearla. Tachi, con los ojos cerrados, estaba más allá de todo. Cuando sentí acercarse la crisis aprendí una lección: que cogiendo la tentación del exceso puede con todo. Acerqué la pija y la puse sobre los labios de Tachi. Abrió los ojos. Me vio con cara de no poder más. Comprendió. Levantó la cabeza y abrió la boca. No bien introduje la cabeza más allá de sus dientes solté el chorro de semen. Tachi tragó y cabeceó a un lado y a otro y gemía como pidiendo más. Después su cabeza cayó sobre la almohada y yo me tendí a lo largo de su cuerpo

abrazándola. Me ofreció sus labios olorosos a semen y nos besamos interminablemente. Con las lenguas y las salivas nos dijimos todo lo que hubiera sido imposible decir con palabras. Básicamente: que con nuestros quince añitos éramos un hombre y una mujer, yo su hombre y ella mi mujer. Que aun sin penetrarla habíamos cruzado límites y alcanzado el corazón de la entrega sexual. Exhaustos nos tapamos con una sábana y dejamos que el cansancio nos venciera. Ya con los ojos cerrados pensé que las renunciaciones y los aplazamientos nos unían aún más. ¿Qué se hace con un amor así? ¿A dónde lleva? ¿Debo sentir la felicidad plena de que estamos unidos para siempre, hasta la muerte y más allá? Y sin embargo, temía. ¿Qué temía? No hubiera podido decirlo. Me abracé a su espalda delgada y tomé sus tetitas en mis manos. Apoyé mi vientre contra sus nalgas. Estaba profundamente dormida. Me dejaba a mí la responsabilidad de no pasarnos de hora. Me parecía maravilloso saber que, conmigo, Anastasia estaba gozando de sus primeros momentos como mujer y de su primer entregarse en cuerpo y alma, sin reservas. Imaginé un futuro en el que estudiaríamos y luego tendríamos éxito en nuestras profesiones, tendríamos una buena casa y nos iríamos de vacaciones a las Islas Cook, y así siguiendo. Respirando el embriagador aroma de su nuca me juré ocuparme de que nuestra vida fuera de felicidad perfecta, sin interrupción.

VIII

A principios de semana nos entregaron el segundo carnet de calificaciones. Tanto en el mío como en el de Tachi venían consignadas nuestras faltas a clase. Tachi dijo, muy tranquila:

-A mamá le interesan sólo las calificaciones. Ni mira otras informaciones. Y como mis notas son tan buenas como siempre, firmó y listo.

-Mi madre sí mira todo. Vio las faltas y dijo: “Esto debe de ser un error”. Ni se le ocurrió que me hubiera estado haciendo la rabona. Puse cara de sorpresa y le dije que iba a hablar con la bedel. “Hablale bien, me dijo, cualquiera puede equivocarse”. Y chau.

Tachi, filosófica, opinó:

-El problema quizá va a ser con el próximo carnet.

-El próximo va a ser el último, y ahí sólo importa con qué nota pasamos.

-No sé. Puede ser.

-Miralo así: con las notas que tenemos nos ganamos el derecho a una cierta tolerancia.

-Puede ser, pero faltamos una vez por semana, y la próxima vez la bedel es muy capaz de llamar a mi madre. Le encanta denunciar y castigar.

-O sea que, según vos, tenemos una mañana más y después se arma lío.

-Más o menos. Pero no debemos permitir que el temor le imponga qué debemos y qué no debemos temer a nuestra relación.

Hablábamos poco de nuestros padres ausentes, es decir, de haber sido abandonados por nuestros padres. En esto, como en todo, Tachi razonaba con moderación, y sin recurrir a palabras fuertes, ponía los puntos sobre las íes.

-Yo estoy bien, dijo, encogiéndose de hombros. Ni pienso en él. No está y chau. Pero para un chico debe de ser más pesada esa ausencia.

-Yo aprendí, o me enseñé, a ignorar el hecho de que a mi lado no había un señor que vendría a ser mi padre. Me acostumbré a pensar que solo estoy bien. Me gusta pensar que mis errores son solo míos, que no los heredé de nadie.

-Y además ahora estamos juntos ¿no? Y no necesitamos a nadie más... aunque no estoy segura de que a la larga esa ausencia no joda cosas de las que hoy no tenemos ni idea.

Nos abrazamos como para protegernos mutuamente de esa bruma futura y, quizá, amenazadora.

-Para compensarnos de lo que nos falte nos tenemos el uno al otro.

-Sí, concluyó juiciosamente, y hay que ver como una ventaja que a los dos nos falte la misma pata ¿no?

El sábado recibí mi mesada y volvimos a ir al cine. Tachi apareció vestida con falda.

-Te ves preciosa.

Yo había dejado el jean y me había puesto el pantalón de paño.

-Vos también te ves muy lindo.

Viéndola se me ocurrió, por vez primera, por qué las mujeres usan faldas. Para facilitar el acceso al cuerpo, al sexo concretamente. Es obvio, pero si se le pregunta a los hombres no lo saben. Comprendí también, con no poca sorpresa, que eso las mujeres sí lo saben, y que, por consiguiente, si Tachi se había puesto una falda era, consciente de la semioscuridad del cine, para facilitarme el acceso a su cuerpo. De solo pensarlo se me

empezó a poner dura la pija. No hay que ser sabio para saber que no hay nada más excitante que el deseo del otro. Tachi se vistió así porque deseaba que la tocara, y saberlo me quemaba la cabeza.

Ni nos fijamos de qué iba la película. Nos sentamos tan atrás como pudimos y en el extremo de la fila, contra la pared. Y apenas largaron las sinopsis y se apagaron las luces nuestras bocas, famélicas, se buscaron. Tachi estaba de un humor no menos filosófico que el mío, de manera que después del primer round de devoración, me dijo, susurrando:

-¿Sabés qué significa besarse así, con toda la boca?

Ideas al respecto no me faltaban, pero sólo me importaba lo que ella tuviera para decirme.

-No ¿qué significa?

-Cuando nos besamos así nos estamos autorizando mutuamente a pasar al cuerpo.

¿Pasar al cuerpo? La expresión me pareció deliciosamente precisa.

-Tenés razón es una especie de ensayo del encuentro de los sexos.

Nos quedamos callados, mirándonos en la penumbra. Enmudecidos por la emoción que nos producía decir las cosas.

-Tachi, tengo muchas ganas de penetrarte.

-Yo tengo muchas ganas de que lo hagas.

-Aquí no podemos.

Tachi miró hacia atrás, como calculando. Increíble que considerara la posibilidad.

-No, no podemos.

-Pero cuando volvamos a estar solos, nada va a retenernos.

-Nada, dijo, y después: Tocame.

Mi mano se deslizó por debajo de la falda. Las medias le llegaban hasta la mitad del muslo. Después venía el milagro de su piel desnuda. Tachi suspiraba dentro de mi boca. Comprendí entonces, más profundamente, para qué sirven las faldas: para que la mano

conociera ese breve itinerario mágico que es el verdadero camino al Cielo, a juzgar por las exquisitas sensaciones que ambos experimentamos. Toqué la entrepierna de la bombacha. Estaba húmeda.

-Tu bombacha está mojada, susurré.

-Dame tu lengua, dijo.

Se la di cuanto pude y se puso a chuparla como si fuera una pijita. Le froté la vulva por encima de la bombacha. Entonces, rápida pero discreta de movimientos, metió ambas manos bajo la falda y se la sacó. Iba a guardarla en su bolso cuando, súbitamente antojado, le dije:

-Dámela.

Me miró sorprendida.

-Dámela, repetí.

-¿Para qué?

No le respondí, no hubiera sabido qué decir, pero me la dio. Me la llevé a la cara y recibí su olor íntimo inspirándolo tan hondo como pude. Enloquecí. A punto estuve de decirle que se sentara encima de mí y se clavara la pija. A poco estuve de ingresar en el terreno del escándalo. Metí la mano bajo la falda y toqué los labios hinchados, tumefactos, y el canal anegado. Mis dedos ya conocían bien la partitura. Le acaricié el vértice suavemente, y luego cada vez más fuerte hasta que apoyó la cabeza en mi hombro y se entregó a la oleada de placer. Aunque el acomodador nos hubiera lanzado encima la luz de su linterna ni yo hubiera dejado de propinarle mi áspera caricia ni ella hubiera sido capaz de abandonar el viaje a lo profundo del placer en el que se encontraba. Detuve la caricia por temor a que gritara de placer. Estuvimos quién sabe cuánto tiempo babeándonos y lamiéndonos las bocas en un vaivén que era como el de las olas sobre la arena.

-Otra vez, dijo con una voz que era casi telepatía. Tocame otra vez.

Seguía estando mojada. Retomé la caricia, larga hasta llegar al orificio, y luego corta y concentrada sobre el vértice. Separó las piernas al máximo.

-Abrime con el dedo, susurró. Necesito que me abras.

No lo hice. Supe que era una fantasía con la que liberaba su ansiedad. A cambio le arrasé la zona más sensible con una caricia... salvaje, sí, salvaje, o no sabría cómo llamarla. Se entregó al saqueo estremeciéndose de modo tal que no pudieron dejar de percibirlo los espectadores que teníamos más cerca. Aflojé y fue como si Tachi se desenchufara, quedó exánime, completamente relajada, con su cabeza sobre mi hombro y la respiración apaciguada, cada vez más lenta y pesada. En algún momento su mano, ligera como una mariposa, vino a posarse sobre mi bulto. A través de la tela del pantalón empuñó el tallo y empezó a menearlo discretamente. Acariciando a Tachi yo había alcanzado un clímax... ¿cómo decirlo?... seco, sin eyaculación, de manera que ahora estaba mentalmente como después de un orgasmo, pero con la pija dura como nunca. Sentía que tardaría mil años en volver a remontar la cuesta del placer. Puse los abrigos, que tenía sobre las rodillas, a modo de biombo que impidiera ver lo que hacíamos, abrí la bragueta, puse la pija en la mano de Tachi y, cerrando los ojos, me entregué a su lánguida caricia. El cosquilleo avanzó por mi vientre con la velocidad de una hormiga, pero eventualmente ¡sabe Dios cuánto tiempo, medido en delicia, se tomó! terminó por tenerme al borde del abismo. La pija vibraba y se tensaba como un caballo maneado tratando de zafar.

-No te detengas ahora, susurré.

-¿Vas a acabar ahora?

¿Cómo “acabar”? Era una palabra que nunca habíamos utilizado, yo porque se me hacía muy vulgar, aunque no hace más que describir con concisión un momento del abrazo amoroso, y ella porque, suponía yo, no la conocía. Pero sí la conocía. ¿Cuándo y dónde la oyó? me preguntaba yo a punto de alcanzar el punto sin retorno.

-Sí, voy a acabar, dije, utilizando la palabra para no dejarla a solas con ella.

¿Ya?

-Sí, ya.

Entonces se inclinó sobre mi vientre y tomó el glándulo en la boca.

-Mi amor..., suspiré, y le solté el semen en la garganta.

Siguió con la pija en la boca hasta que la dureza empezó a ceder. Imposible que los de las filas de detrás nuestro no adivinaran lo que hacíamos. Yo no podía más de la cabeza:

¡Tachi se había tragado mi semen prácticamente en público! ¿Todas las mujeres se prestan para algo así? me preguntaba. ¿O sólo ella en el mundo? ¿Era pura inocencia o una forma muy refinada de la audacia? ¿Significaba que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa a que mi capricho la condujera? Besándonos de una manera que se me ocurrió que era solemne, como si nos homenajeáramos mutuamente por el placer exhaustivo que nos habíamos dado, le dije una vez más:

-Divina...

-¿Por qué divina?

-No soporto las ganas de metértela.

-Yo me muero de ganas.

-¿No soportamos más seguir aplazando el momento mágico?

-No me preguntes eso. Yo quiero una cosa y también quiero la otra.

-Por eso digo que sos divina.

-¿O sea?

-Más que humana.

¿O sea?

-Sos lo humano y lo que viene después... el ángel.

-No soy ningún ángel. O quizá sí... ¿Los ángeles se alimentan de semen?

Hablábamos besándonos sin cesar. Mareados de tanto besarnos.

-Lo que quiero es que me metas la pija, dijo, claramente regodeándose con las palabras.

Su respiración se agitaba. Su lengua estaba doblemente desatada, para lamerme la boca por dentro y por fuera, y para decirlo todo.

-Me excita mucho pensar que me la vas a meter.

Yo, por mi parte, estaba bastante más allá de las palabras.

-Me excita mucho decirte lo que te estoy diciendo.

Su respiración se agitaba. Parecía que no podía dejar de hablar, de decir lo que la desbordaba.

-Quisiera que ese momento en el que estás a punto de entrar en mí y lo aplazamos, no se acabara nunca, continuara suspendido a punto de suceder para siempre. Siento que es un acto de amor y de pureza que nos hace poderosos. Pero ambos somos vírgenes y vamos a dejar de serlo en ese momento que se acaba, porque no puede no acabarse, y en cuanto ese momento se acabe.

Borrachos de nuestras salivas estábamos, y en su embriaguez Tachi deliraba como si se hubiera inyectado la droga de la lucidez.

-Fue para regodearnos con el poder de la pureza que no lo hicimos. Y ahora es el tiempo en que terminemos de regodearnos porque de lo contrario cruzaríamos el límite y caeríamos del lado de la locura.

Nos mirábamos con los ojos muy abiertos y brillantes en la penumbra. Supe lo que iba a decir antes de que lo dijera. Sintonizábamos el mismo delirio.

-O no, dijo. Podemos aceptar la locura de amor, podemos encerrarnos en la pureza y convertir su poder en un castillo inexpugnable. No salir nunca más de él, no vivir más para el mundo, vivir sólo para nosotros, yo para vos, vos para mí.

Su mirada, maravillada como la del marino que alcanza costas ignotas, me pedía a gritos la confirmación o no de que lo que decía tenía sentido y si me encerraría con ella para siempre en la pureza y en la locura. Pareció calmarse, apoyó la cabeza sobre mi hombro.

-Ahora tengo tu semen en mi estómago. Es algo que me parece insoportablemente hermoso.

-Lo mismo siento yo por haber eyaculado en tu boca.

Juntamos las cabezas. Estábamos exhaustos física y mentalmente. Las palabras de Tachi me perturbaban y sin embargo no me sorprendían, me parecían las palabras que debía esperar al estallar su parquedad habitual. No podía ser que en el espíritu exquisito de Tachi la intensidad de lo que estábamos viviendo generara un discurso banal, no podía ser que su lectura de lo que vivíamos no fuera trascendente, que no exhibiera las fibras más íntimas de la capacidad humana de ser y de sentir. Por primera vez sentí que Tachi

iba modelando mi espíritu hacia lo sublime. En ella había, y me lo estaba inoculando, un deseo de lo absoluto.

No sé cuánto tiempo pasó. Los conflictos que se representaban en la pantalla parecían estar empezando a resolverse. Me habló al oído.

-Tocame otra vez.

Retomé mi peregrinación a la fuente de las delicias. Estaba empapada una vez más.

-Estás muy mojada.

-Es que estoy muy excitada, necesito que me abras.

Puse el dedo medio sobre el orificio vaginal.

-¿Así? ¿Con el dedo?

-Sí... si querés... hacelo, balbuceó.

Acaricié el orificio. Toqué el punto que se desgarraría. Apenas unos milímetros de frágil tegumento. Pero me alejé, huí de la fantasía. Me puse a frotar el vértice, con fuerza, pero con la ilusión de que mi dedo le expresara mi amor. Entonces, sin mediar intención, el dedo que recorría el canal, lubricado por demás, cruzó la tierra de nadie y, encontrándose con el ano lo penetró, de una vez, hasta la segunda falange. Tachi, muy abiertos los ojos y la boca, como si fuera a gritar, no intentó rechazar el asalto. Puse el pulgar sobre el vértice e inicié la doble caricia de frotación y penetración. Tachi jadeaba cortito. A través de la tela de la falda apoyó su mano sobre la mía pidiendo más intensidad. La caricia se eternizó, se convirtió en mecánica hasta que alcanzó un orgasmo tenso, de dientes apretados, como si dentro de su vientre algo se le rasgara. Me retiré. Tachi me miraba seria, su mirada era como de incompreensión, como si acabara de descubrir otra dimensión de mi ser. Tuvo aun un par de estremecimientos tardíos. Me miraba como si adivinara que yo era aquel a quien podía pedirle que le diera la muerte. Exagero, por supuesto, pero fue la sensación que tuve en ese momento, con tanta fuerza que hoy la recuerdo vívidamente.

-Perdón, mi amor, perdóname, soy un bruto.

-¿Perdonarte? Podés hacer conmigo lo que quieras y yo voy a recibir lo que me hagas como un tributo a tu divinidad, que soy yo.

Nos besamos como para bañarnos el alma mutuamente con saliva.

-Yo también soy tuyo y podés hacer conmigo lo que quieras.

-Este es el verdadero matrimonio ¿verdad?

-Sí.

-Quiero más de tu leche.

¿“Leche”? Nunca habíamos usado esa palabra que todos usan y que a mí me suena horriblemente vulgar, sucia, obscena. ¿De dónde pudo haberla sacado? Tengo que preguntárselo, pensé. Saqué la pija, ya a media asta y la puse en su mano. Restauré el biombo protector. La meneó tironeándola suavemente, apenas.

-Voy a tragarme otra vez tu semen, susurró.

Supe que aun sin terminar de erectar, el semen desbordaría. Tachi se inclinó sobre mi vientre y la tomó en la boca. Acariciándole la nuca pensé que iba a ser muy dulce irme en su boca sin demasiada manipulación y sin demasiada dureza. Su boca desplegaba su deseo de una manera diferente, expresándome toda su ternura: tironeaba suavemente del casquete, enroscaba en él la lengua, mordisqueaba suavemente el tallo, y chupaba, chupaba como un bebé que mama, haciéndome sentir cuánto deseaba que mi “leche” bajara por su garganta. Sentí que esta vez quería no simplemente tener mi pija en su boca sino acariciarme con toda su boca. Me vacié por completo sintiendo que todo yo, en cuerpo y alma, era objeto de su amorosa devoración.

Terminé de acomodarme la ropa justo cuando comenzaba la música que indicaba el fin del espectáculo fílmico. La gente comenzaba a regresar del ensueño parándose y poniéndose los abrigos. Nosotros seguíamos desparramados en nuestros asientos, totalmente agotados. No regresábamos de un ensueño fílmico sino de una verdadera orgía. La gente ya avanzaba hacia la salida cuando nos pusimos finalmente de pie. Sentí encima de nosotros las miradas de algunos de nuestros espectadores cercanos, que habían sin duda adivinado o registrado directamente nuestras alternativas. Torpes, como hipnotizados, fuimos los últimos en toda la sala en terminar de ponernos los abrigos y dirigirnos a la salida.

En el ómnibus, camino a dejarla en su casa, con su cabeza sobre mi hombro, su humor filosófico aun no se había agotado. Dijo:

-En realidad ya tomaste dos de mis virginidades.

Estuve a punto de preguntarle cómo es eso, pero me detuve a tiempo. No hacía falta preguntar. Y me sentí orgulloso de que ella supiera que yo entendía muy bien a qué, o a cuáles virginidades, se refería. De su casa a la mía había un buen trecho. Decidí hacerlo caminando. La noche era muy fría, pero sin nubes. Absolutamente todas las estrellas estaban presentes y brillando como nunca. Yo avanzaba hinchando el pecho y con paso triunfal. El mundo y sus secretos se abrían y desplegaban para los ojos del Conquistador, las Puertas del Paraíso estaban ahí nomás, al alcance de la mano.

IX

Dormí con la bombacha de Tachi debajo de la almohada. Soñé que caminábamos abrazados, excitados porque debajo de la falda iba desnuda. Fijamos para el próximo jueves. Ella lo fijó. No trataba de disimular su ansiedad. Esta vez sería en mi casa. Adela, que evidentemente sospechaba algo, porque no hay pareja de adolescentes que no esté buscando cuándo y dónde estar solos, había decidido ponerme nervioso.

-¿Seguís viendo a tu amiguita? ¿O ya dejaron? ¿Se ven a escondidas? Ojo con las trampas para bobos. Si de mañana suena el teléfono, no atiendas. ¿Te estás cuidando? Me gustaría un sobrinito, pero no tengo apuro.

Pensé que quizá también ella, que tenía dos años más que yo, le estaba dando un uso matutino a nuestro hogar. Sería chistoso que una mañana coincidiéramos. Era, por supuesto, algo perfectamente posible. Tendríamos sexo pared por medio. Traté de imaginarlo y me resultó imposible. Nadie en sus cabales puede imaginar a su madre o a sus hermanas teniendo sexo. Eso creo. Eso creía, y sigo creyendo. No es una ceguera propia del momento de cruzar ciertas fronteras de la edad. Por lo demás Adela no había traído un novio a casa. Se me ocurrió pensar que quizá mamá sabía de la actividad clandestina. Una madre sabe. Recoge los indicios, las huellas que sin darnos cuenta vamos dejando. Sí, quizá ya asumía que tenía que hacer la vista gorda, que las nuevas necesidades de sus hijos debían encontrar también un ámbito seguro en el hogar. Hoy es algo comúnmente aceptado, pero entonces no lo era, en absoluto. Los padres fingían que nada sucedía y que, en todo caso, debías arreglártelas como pudieras, pero, eso sí, sin

“mancillar” el hogar. Mamá se me apareció entonces como una verdadera pionera en el manejo del crecimiento de los hijos. Quizá pronto dejaríamos de fingir, pensé, nosotros que nada hacíamos y ella que nada sabía, y la actividad clandestina de la mañana pasaría a ser actividad vespertina y autorizada. Sí, seguramente porque mamá sabía fue que no actuó drásticamente con las faltas a clases consignadas en el carnet de calificaciones.

Llegó a las nueve y veinticinco. No había aguantado cinco minutos más de espera para llegar a la hora acordada. Hacía mucho frío y se había puesto un gorro de lana. Resaltadas así sus facciones más se me hicieron de nene y de nena. Me dio un beso fugaz, con la nariz y los labios helados por el viento frío, y me soltó, sin más, la verdadera razón por la que había llegado antes: no podía esperar para soltarme su novedad.

-¿Qué te parecería que aplazáramos otra vez?, preguntó cautelosa.

-¿Qué pasó?, pregunté muy tranquilo, pensando que quizá estaba con el período, mientras la ayudaba a sacarse la bufanda, el abrigo y los guantes.

-Anoche no pude dormir.

-¿Por qué? ¿Qué pasó?

-Me vinieron ideas.

-Preparo un té y me contás.

Me acompañó a la cocina.

-¿Té negro o de menta?

-Menta.

Rodeó la taza caliente con las dos manos y acercó la cara al vapor.

-Pensé que después de hoy íbamos a sentirnos muy atados el uno al otro, porque dejar de ser vírgenes es una experiencia importante, profunda. Es algo... irrevocable. Sólo dejás de ser virgen una vez.

Sorbió un poquito de té, eligiendo cuidadosamente las palabras.

-Pensé que esa atadura es como una marca física, como si nos tatuáramos cada uno el nombre del otro...

-Bueno, sabés que no me gustan los tatuajes...

-Pensé que quizá llegaría el momento en que nos sentiríamos presionados, obligados a estar juntos por esa marca física compartida.

Calló. Su razonamiento me tenía decididamente desconcertado. Aturdido, diría. Estaba claro que a Tachi se le ocurrían cosas que a nadie más, en el mundo entero, se le ocurrirían. Confieso que sus escrúpulos me sacaban un poco de quicio.

-Comprendo, mi amor. O sea que sería mejor que dejáramos de ser vírgenes con otras personas para después estar juntos y cómodos.

-Pensé eso, pero lo descarté, dijo, tan tranquilamente que me puso más nervioso.

-¿Entonces?

-Pensé que quizá sería mejor no estar unidos por esa marca sino tan solo por la voluntad de estar juntos.

Quedé estupefacto. ¿Me estaba proponiendo una unión meramente espiritual? ¿Platónica, como la llaman? ¿Y esto después de la orgía descontrolada y casi pública del sábado anterior? Si hubiera visto aterrizar una nave con turistas de otra galaxia no me hubiera sorprendido más que con la propuesta de Anastasia. El nombre que le habían dado se me hizo imposiblemente más adecuado: era una verdadera princesa del espíritu perteneciente a una especie de elite de una naturaleza indefinible.

-O sea, una unión sin sexo.

Se encogió de hombros.

-¿Te parece muy absurdo?

Se hizo un silencio. Bebimos nuestro té. Aquello me parecía realmente delicado. Tenía que pensar muy bien lo que le decía. Si le decía que no estaba de acuerdo quizá nuestra relación se resentiría, quizá se acabaría.

-¿Y cómo sería eso? Las cosas que venimos haciendo... ¿también tendríamos que abandonarlas?

-No sé. Quizá no. Porque algún desahogo tendríamos que tener ¿no? ¿A vos qué te parece?

Se hizo otro silencio, largo.

-¿Más té?

-No, gracias.

Llevé las tazas a la pileta, las enjuagué y las coloqué en el escurridor. Pensé que si le decía que estaba de acuerdo, con el tiempo ella misma cambiaría de idea. Pero también pensé que en una relación tan loca, o sea, reprimida la dimensión física del deseo, el amor terminaría por corromperse, se pudriría, se desecaría hasta desaparecer. Suspiré hondo, le tendí las manos y nos abrazamos. Con o sin su locura abrazarla era como abrazar la eternidad. Angustiada, se puso a besarme en la boca una y otra vez, como si aquellos fueran los últimos besos que podría darme.

-Perdón, perdóname, decía entre beso y beso. Nunca vas a perdonarme.

-Pero ¿qué decís? Si yo estoy de acuerdo...

-¿Entendés que vos y yo somos diferentes y que tenemos que amarnos de una manera diferente, absoluta?

-Lo único que yo sé es que no podría vivir sin vos.

Se separó y me miró a los ojos. Sus ojos, créaseme o no, emitían un fulgor descontrolado, arrasador. Sólo la pureza de espíritu produce miradas como esa. Tachi ya no era una chiquilina enamorada. Era la última guerrera defendiendo con su vida el castillo de la pureza.

-Vení a mi cuarto que está la calefacción encendida.

Para mi total desconcierto apenas estuvimos en mi dormitorio y cerrada la puerta, sin decir palabra, se desnudó. Impelido por un vértigo de excitación y ternura, la abracé, contando con una mano sus costillas y cubriendo con la otra sus nalgas. La apreté como para imprimir su cuerpo en el mío. Pensé que todo el asunto de dejar de ser virgen, y los aplazamientos, la habían enloquecido, lanzándola a un laberinto de consideraciones desde el cual ya no sabía ni qué hacía ni qué decía, pero la delicia de su cuerpo, de su piel, me invadía de tal manera que decidí que lo mejor era correrla para donde disparara.

Se puso a desnudarme con tanta energía y con tanta habilidad como si hubiéramos ingresado en una atmósfera en la que sólo se pudiera sobrevivir desnudos. Con tal sucesión de órdenes contradictorias mi pija no había sabido si erectar o mejor no, por lo que compareció en estado de tranquila expectativa. Tachi cayó de rodillas y le habló a la pija, como si fuera un micrófono.

-Todo el tiempo pienso en tenerla en la boca, dijo en voz bajita, como si estuviera en un confesionario.

Y sin más, inofensiva como estaba, la guardó por completo en su boca. Me tomó de las caderas, moviendo la cabeza a un lado y al otro. Tironeando del animalito consiguió de inmediato muestras de complicidad y de disposición para alcanzar aquellos extremos en los que ella pudiera perderse. No tardó en tenerme en un estado idóneo para incurrir en aquello que explícita y dolorosamente nos habíamos prohibido.

-Acostate, dijo.

En su voz había a la vez súplica y urgencia, como decidida a no darme la oportunidad para objetar que aquello no era lo conveniente. Pero yo no estaba dispuesto a objetar, y mi cuerpo no estaba dispuesto a permitirme objeción alguna. De manera que obedecí de inmediato. Si ella me había propuesto negarnos al sexo y yo había estado de acuerdo, ahora que ella misma traicionaba lo acordado y me exigía salvarla de no sé qué peligro inminente practicando en su sexo la cirugía menor que tan firmemente rechazáramos como una supuesta marca de fatales consecuencias, ahora también yo estaba de acuerdo, entregándome a su locura con la sumisión del esclavo más fiel. Entonces ella, mi amor, la nena-nene, con la audacia de un solo movimiento complejo y fatal, como el de un samurai que incurre en harakiri, montó sobre mi cuerpo, tomó la pija por el tallo, buscó con la cabeza desnuda el orificio, y como quien se lanza sin más a un precipicio, se sentó encima y se la clavó de una vez y por completo. Soltó un grito, pero uno solo, y quedó inmóvil, por completo ensartada, jadeando, atenta, como si estuviera recibiendo por vía interna informes desde la zona del desastre. Cuando se inclinó hacia adelante y dobló el cuello cuanto pudo para apreciar directamente la situación yo me apoyé sobre los codos para ver también. Estaba clavado en su cuerpo por completo. Nos miramos a los ojos. La suya era una mirada de amor feroz.

-Ahora sos mío para siempre, dijo, como si me hubiera tomado a la fuerza.

-Pero Tachi, fui tuyo desde la primera vez que te vi, concedí, tan dócil y amedrentado como si estuviera firmando un pacto con el Diablo.

Quedamos así encastrados uno en el otro, como soldados a fuego, como fundidos en una sola pieza nuestros cuerpos y nuestras almas. Sentía la pija dura como una estaca alojada en lo profundo de su cuerpo, y me parecía increíble, imposible haber realizado tal invasión y que ella hubiera consentido en ser invadida.

-Nuestras vidas son una antes y otra después de esto, dije, como si no fuera evidente, pero también como si aceptara sin reservas que eso era así.

-Estamos casados, podés hacer conmigo lo que quieras, dijo, como si estuviera aceptando que la cortara en pedacitos y me la comiera.

Removió apenas las caderas como tratando de saber como cuánto le dolería lo que siguiera en nuestro imprevisible menú.

-¿Te duele?

-Más bien me arde.

Mi intención era dar por concluida la sesión, pero volvió a remover las caderas, ahora buscando algo más que identificar la zona del ardor.

-Te siento mucho. Mucho.

Frotaba su pubis contra el mío, despacio, pero con firmeza. Frotaba cada vez más fuerte, pero sin soltar la presa ni por un centímetro. Su cuerpo se fue tensando, decidida a alcanzar el clímax con ese mínimo frotamiento. De pronto se estremeció y se arqueó, como si algo la hubiera alcanzado en el centro mismo de su cuerpo. Gimió fuerte y su boca cayó sobre la mía, veloz y furiosa como el pico de un depredador. Y entonces sí, con o sin ardor cabalgó mi vientre subiendo y bajando a lo largo de la erección. Cuando quedó abatida sobre mi pecho jadeando, yo estaba ya a punto.

-Yo también te siento..., balbuceé.

Puse mis manos sobre sus nalgas y la llevé y la traje a lo largo del tallo con total desconsideración por su herida. Tachi gemía de placer y de dolor. Abusé así de ella hasta que tuve el semen agolpado en la punta de la pija. Ella sintió que no había más allá.

-¿Ya?, preguntó.

-Sí, quise decir ya sin aliento, aunque no estoy seguro de que llegué a decirlo.

Ya no tan veloz pero sí más torpe Tachi zafó de la penetración y se inclinó sobre mi vientre, sólo que un milisegundo demasiado tarde. Exploté justo antes de que me tomara en su boca. El grueso goterón se estampó en su frente, justo entre sus ojos. Pudo haber atrapado ya el segundo goterón en su boca, pero fascinada al sentir el semen sobre su cara dudó y el segundo disparo la alcanzó sobre los labios. Después ya no supe nada. Se metió la pija en la boca y tragó todo lo que quedaba. Grité como un niño en peligro. Tomé su cabeza y empujé contra su boca.

-Me cojo tu boca, gruñí a medias enmudecido por la excitación.

Cuando volví a mirar Tachi seguía mamando. En el tallo y en sus labios había trazas de sangre. Con los dedos recogió el semen que tenía en la cara y luego se los chupó.

Perfectamente delirante, me decía:

-¿Querés saber lo que sentí cuando el semen cayó sobre mi piel? Sentí que era primavera y que salía a caminar bajo la lluvia y que el agua del cielo, el agua de la vida me empapaba la cara.

Se tendió a mi lado y hubo sangre también en mis labios. Bebimos del último cocktail, con semen, sangre y saliva. Bebimos hasta que tuvimos las bocas secas. Entonces Tachi se tocó entre las piernas y se miró los dedos manchados de sangre. Se paró con cuidado, apoyándose sobre las rodillas, pero en el cubrecama ya había un par de manchas de sangre. Le di una toalla que tenía debajo de la almohada.

-No te preocupes por las manchitas, dije. Después me pongo una curita en un dedo y digo que me lastimé.

Calculé que Adela no tardaría en ver las manchitas, y no se iba a tragar lo de la curita, y que esperaría el momento adecuado para decirme “Felicitaciones” y para exigirme que le diera detalles.

-No traje toallitas, dijo Tachi secándose la hendidura y el muslo. Realmente pensé que íbamos a aplazar una vez más, esta vez definitivamente...

-¿En serio pensaste eso?, pregunté, calculo que con una expresión de desconfianza en mi rostro.

-Si no lo hubiera pensado hubiera traído toallitas higiénicas, dijo muy tranquila, sin ofenderse por mi desconfianza.

-Si querés te doy la bombacha que me quedé el otro día. Con dos bombachas te vas a sentir más segura ¿no?

Rebusqué en mi ropero, y la encontré, al fondo del cajón de las medias. Nos vestimos sin apuro. Nos sentamos en la cama para hacernos mimos, conmovidos y perturbados como estábamos por el paso que habíamos dado. Su sangre fue la tinta con la que tachamos el pacto que habíamos acordado según el cual no habría sangre. Pero también fue la tinta con la que ahí abrazados firmamos un nuevo pacto, más humilde y más humano, al que juramos atenernos toda la vida y que constaba de una sola exigencia:

-Jurame que no va a haber nunca una gota de tu semen que no venga a mi cuerpo, al exterior o al interior de mi cuerpo.

Lo juré, ciertamente, regocijándome con la promesa de variedad, a cual más gozosa y deliciosa, que esa única cláusula prometía. Más de una vez Tachi me expresó su nostalgia por el acuerdo que no habíamos sabido cumplir y que, de hecho, no había tenido vigencia más que por unos pocos minutos. Pero terminó por aceptar que ese camino, ese cortar por lo sano, era, contrariamente a lo que pudiera parecer, el camino más riesgoso siguiendo el cual hubiera sido más fácil perderse. Por mi parte estoy convencido de que, no cumpliendo ese acuerdo, de una manera paradójica, por no decir que misteriosa, de alguna manera sí lo habíamos cumplido. El que pueda entender que entienda.
